

PASTORAL
DEL
Excmo. Sr. Arzobispo
SOBRE
Las persecuciones
y los triunfos de la Iglesia



MONTEVIDEO
TIPOGRAFÍA URUGUAYA DE MARCOS MARTÍNEZ
Calle Buenos Aires esquina Misiones
1904

PASTORAL
DEL
Excmo. Sr. Arzobispo
SOBRE
Las persecuciones y los triunfos de la Iglesia

« Passus est sub Pontio Pilato, surrexit tertia die. — Padeció bajo el poder de Poncio Pilatos y resucitó al tercer día. » Símbolo de los Apóstoles.

NOS EL DR. D. MARIANO SOLER, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE, ARZOBISPO METROPOLITANO DE MONTEVIDEO Y ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE LAS DIÓCESIS DEL SALTO Y DE MELO, ETC. ETC.

Al venerable Clero Secular y Regular y á los amados fieles de la República, salud y bendición en Jesucristo Redentor:

Ningún tiempo, amados católicos, es más á propósito, que la santa Cuaresma, para meditar los sublimes misterios de la pasión, muerte y resurrección del Hombre - Dios, consumidor, reparador y redentor de la humanidad. Por eso, en estos dias santos, la Iglesia se com-

place en proponerlos á la meditación de los fieles; y lo hace con toda solemnidad, no solo para que nos compenstremos de la majestad sublime de esos misterios, sino también para recordarnos su propia pasión y triunfo, mostrándonos así como muy semejante al Cristo en todo.

La Iglesia, en efecto, no está separada de Jesucristo ni en su nacimiento, ni en el resto de su carrera. Semejante á él desde su origen, debe asemejarse hasta en su pasión y muerte, así como en el triunfo de su resurrección, atestiguan-do con una invencible certeza que Jesucristo y su Iglesia tienen el mismo origen, las mismas pruebas, los mismos enemigos, la misma suerte y la misma gloria.

Y en verdad, amados fieles; cuán interesante y sublime es el espectáculo que ofrece en la historia el magestuoso drama constituido por las persecuciones sufridas y los triunfos obtenidos por la Iglesia al través de los siglos! El nos arrebatá con toda la sublimidad de la epopeya: pues sería el poema épico más grandioso que pudiera cantar el vate más divino, ó describir la pluma más inspirada; ya que nada más imponente y admirable puede ofrecerse á la contem-

plación del genio en los anales de la filosofía de la historia; poema que San Agustín esbozó en la *Ciudad de Dios*, y que el gran Bossuet bosquejó en su *Discurso sobre la historia universal* con vuelos y elevaciones dignas del águila de Meaux.

¿Quién nos diera saber manejar el plectro de los épicos cantos para poder describir esa historia de diez y nueve siglos en que la Iglesia ocupa el papel principal, presentándose con excelsa magestad y actitud divina, al librar los pacíficos combates del Señor para regenerar y transformar á la humanidad, según los divinos ideales del Evangelio, y restaurar todas las cosas en Cristo; que es el programa magnífico que viene desarrollando desde el día de Pentecostós? Se ofrecerían á nuestra mente estupefacta y estática, luchas colosales, tragedias pavorosas, victorias inauditas y triunfos gloriosos del bien contra el mal, de la virtud contra las pasiones, de la civilización contra la barbarie, de la verdad contra el error; contemplaríamos heroismos más que humanos, grandezas de espíritu incomparables, al lado de terroríficas maldades y tiranías increíbles, superadas y vencidas por la imperturbable serenidad y magestuosa mansedumbre de la Iglesia.

El solo episodio de las catacumbas, cuando sale de ellas la Iglesia para subir al trono de los Césares convertidos, constituye un drama triunfal, indescribible.

Y ¿qué sería, en fin, si se reuniesen todas las grandezas, todos los esplendores de esa lucha victoriosa, continuada en prolongadas centurias, conseguida por un poder inerme, como el más sublime triunfo, que el mundo ha contemplado y admirado, porque es el triunfo de la fuerza moral sobre la fuerza bruta? Esto constituiría la más grande, la más hermosa Epopeya de los siglos, que algún genio, más grande que el de Bossuet cantará, y que el mismo Gladstone sospechara, al decir, hablando de la influencia de la Iglesia en la civilización: «Su gloria, su grandeza, esplendor y magestad han sido, sino absolutamente, casi en su totalidad, aquellas de que puede enorgullecerse la historia».

Más, ya que nosotros no podemos describir tan sublime poema, nos contentaremos con apuntar á grandes rasgos esas persecuciones y esos triunfos de la Iglesia, que vuestra meditación sabrá ponderar en lo que vale, mucho más de lo que podríamos indicarlo con la pluma.

*
* *

La presente Pastoral estará dividida, por tanto, en dos partes principales: la pasión ó persecuciones de la Iglesia, en primer lugar, y los triunfos de la misma en el segundo.

Más, antes de exponeros el espectáculo admirable de la pasión de la Iglesia, queremos prevenir una dificultad acerca de las persecuciones, ya que los hombres de poca fé se escandalizan al contemplar á la Iglesia tan perseguida; y hasta llegan á creer que no debía ser así, por lo mismo que es la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Pues bien; por lo mismo que es la Iglesia de Jesucristo, su carácter distintivo es el ser odiada y perseguida, aunque nunca vencida.

Si así no fuera, no se verificaría en ella la promesa del Redentor:

Seréis perseguidos, seréis odiados por causa de mi nombre; pero también predijo: no temais; yo he vencido al mundo; las potestades del averno no prevalecerán contra la Iglesia.

No os escandalicéis, por tanto, ante la injusticia de sus perseguidores; la ignominia es para ellos, y para la Iglesia una gloria profetizada.

Escuchad á este respecto las palabras del gran León XIII, cuya glo-

ria flota aún sobre su reciente sepulcro, palabras que tomamos de su Encíclica-testamento: «No deben causarnos asombro, dice, estas persecuciones, toda vez que para nuestro gobierno fueron predichas por el Divino Maestro, y si tenemos en cuenta que durarán cuanto dure el mundo. En efecto; ¿qué dijo á sus discípulos cuando los envió á llevar el tesoro de su doctrina á todas las gentes? Nadie lo ignora: *«Sereis perseguidos de ciudad en ciudad; sereis odiados y vilipendiados por causa de mi nombre; sereis arrastrados ante los tribunales y condenados á padecimientos supremos»*. Y con el objeto de animarnos en tales pruebas, se puso á sí mismo como ejemplo: *«Si el mundo os odia, sabed que antes que á vosotros me odió á mí. No es el discípulo superior al maestro.»* (Joan. XV. 18). He aquí las satisfacciones, he aquí las recompensas que nos tiene prometidas acá en la tierra.»

¿No es, por tanto, un honor para la Iglesia verse odiada como Jesucristo, y según este se lo anunciara? Miradlo: la incredulidad puede despreciar á todas las sectas; pero á la Iglesia no la desprecia: la odia. Sin saberlo, pone á la Iglesia el sello divino profetizado por el Maestro.

Más, para que no extrañemos la injusticia de la persecución, añade el mismo Pontífice: «A nadie, en verdad, que tenga justo y cabal conocimiento de las cosas, se le ocultará el motivo de semejante odio. ¿A quièn ofendió jamás, ó á quien causó daño alguno el divino Redentor? Venido á los hombres por impulso de caridad infinita, enseñó una doctrina inmaculada, vigorosa y eficazísima para hermanar la humanidad en la paz y en el amor; no quiso bienes, ni terrenas grandezas, ni honores; no usurpó el derecho de nadie; fué compasivo con los débiles, con los enfermos, con los pecadores, con los oprimidos; de modo que su paso por la tierra se redujo á sembrar beneficios con larga mano. Por lo cual conviene notar que fué *puro exceso de humana malicia*, tanto más deplorable cuanto más injusta, el que, según el vaticinio de Siméon, viniera á ser en verdad, el signo de la contradicción: *signum cui contradicetur*». (Luc. II, 34).

Y termina así León XIII, «¿qué tiene, pues, de particular que la Iglesia católica corra la misma suerte, siendo la continuadora de su divina misión y la depositaria incorruptible de su verdad? El mundo es siempre igual á sí propio»...

¿Porqué extrañar, pues, las persecuciones? La Iglesia debe tener la misma suerte que su divino Fundador: esa es su gloria y la consecuencia de su misión en el mundo. Si no fuera odiada por la impiedad, no sería la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Ahora bien; la pasión de Jesucristo, que constituye la más sublime tragedia que el mundo ha contemplado, tiene ecos y escenas que se repiten perpétuamente en su Iglesia al través de los siglos y de las generaciones. He aquí lo que vamos á exponeros.

Las persecuciones de la Iglesia

Y desde luego, ¿queréis saber cuándo los enemigos maquinan la persecución contra Cristo y su Iglesia? Cuando contemplan que el pueblo los sigue y aclama triunfantes. Los escribas y fariseos no pudieron ver sin envidia la entrada triunfal de Jesús en Jerusalem el domingo de Ramos. Entonces dijeron: es necesario que muera! Y el Salvador, en lugar de prepararse para la defensa, se preparó para sufrir. Así la Iglesia no se insubordina ante los poderes legítimos, pero tampoco se somete á la injusticia, antes prefiere el martirio, porque así lo

exige la dignidad de la conciencia humana.

Pero trasladémonos al Huerto de Getsemani, que es para la Iglesia, como para Jesucristo, el primer teatro de la Pasión. Es de noche: todo está en silencio, y la mayor parte de los discípulos se retira; solo la Iglesia vela, abandonándose al sufrimiento interior; entonces experimenta la tristeza y los dolores de la agonía, diciendo con Jesús á los discípulos elegidos: «Mi alma está triste hasta la muerte». (Marc. XIV. 34.)

Y este es el acento con que la Iglesia se prepara á sufrir las dilatadas persecuciones del mundo al través de los siglos; pero está triste más bien por la desgracia de los perseguidores, que por los propios sufrimientos. Las prolongadas vigiliias de la tristeza cristiana, son como la agonía misteriosa, de que sintió Cristo toda la pena, y de que la Iglesia participa, para tener como él, en la hora del martirio, una alma invencible.

Cuando la Iglesia contempla á su redor los indiferentes, los tibios y medrosos, los reprende; pero con maternal bondad: *¿Cómo! ¿no habéis podido vigilar ni una hora conmigo?* (Mat. XXVI. 40.) Y vé al mismo tiempo con una especie

de horror, las traiciones, los escándalos, las negaciones, los suplicios; se estremeció á la vista de tantos pecados, y exclama con Jesús ante las grandes pruebas y dolores de la próxima pasión: «*Qué pase de mi este caliz, si es posible.*» (Mat. ib.) Y no os sorprendáis de que insista en esta plegaria; porque piensa en sus hijos y en los mártires, á quienes este caliz será ofrecido, y ruega de antemano, á fin de que lo reciban sin desalientos. Pero consolada por los ángeles, que la confortan mostrándole el precio de sus trabajos, pronuncia con Cristo la gran palabra de la resignación: «*Padre, que sea hecha tu voluntad y no la mia!*» (Mat. ib.)

Mas, á pesar del socorro del cielo, la agonía del Cristo aumenta; cae con la faz en tierra, y de todo su cuerpo brota un sudor de sangre. Ese cuerpo, así mortificado, es la imagen de la Iglesia, cuyos perseguidores, le han hecho derramar desde el origen del cristianismo una sangre tan ilustre y tan preciosa. El Salvador, que deja correr lágrimas, no solo de sus ojos, sino de todo su cuerpo, ha querido enseñar á su Iglesia que debe derramar, para purificarse á sí misma, lágrimas universales, y cultivar con sus sudores, en los que el llanto se

mezcla con la sangre, la tierra de sus combates. Y así ha sucedido; porque, como lo demuestra la historia, no ha germinado en parte alguna, sino vertiendo la sangre de sus mártires.

Fortificada con la resignación, la plegaria y la penitencia, la Iglesia se levanta, y espera confiada la persecución. Sin lamentos ni debilidades, sale de su santuario, y se adelanta al encuentro de los malvados que quieren entregarla á sus enemigos. Más, ¿quiénes son estos malvados? Vosotros los conocéis muy bien, amados católicos; el nombre de su padre está en el Evangelio y su genealogía está en la historia. Ah! desgraciados! No son ni extraños, ni enemigos, sino hijos ingratos que la Iglesia ha engendrado y educado. Es un amigo traidor, es un apóstata: es Judas! Siempre Judas, que ha cambiado mil veces de nombre sin cambiar de carácter. Se le llamaba en el IV siglo, Arrio, Constancio, ó Juliano; en la edad media, Berenger, Abelardo, Arnaldo de Brescia, Federico II; Juan Hus y Gerónimo de Praga en Alemania; Valdo en el Delfinado, Zwinglio en Zurich, Enrique VIII en Londres, Lutero en Wittemberg, Calvino en Ginebra; Jansenio en el siglo XVII; Voltaire ó Rousseau en el XVIII, y en nues-

tros días Legión, con el nombre de anticlericalismo. Pero, ya sea sacerdote ó lego, rey ó ministro, heresiarca ó secretario, filósofo ó turba, siempre es Judas.

Es el Judas de la última cena, que ha bebido en el caliz del cenáculo el vino del Señor; el que ha oído predecir su traición sin turbarse, y que nada ha podido detener, ni la vergüenza, al predecirle su suerte: *uno de vosotros me ha de traicionar, y este está conmigo en la mesa*; ni la amenaza, al decirle: *desgraciado el hombre por quien el Hijo del hombre será traicionado*; ni las demostraciones de su bondad, hasta lavarle los piés; ni una mirada aterradora y una declaración formal: *Tú lo haz dicho; tú eres el que me ha de traicionar.* (Mat. ib.) Nada, pues, es capaz de detener á esos Judas traidores de su madre, la Iglesia; dígalo, sinó, el mas moderno de los Judas Iscariotes, que está precipitando en el abismo á una nación tan grande y tan simpática.

Ese *renegado*, como allí se le llama, se ha puesto al frente de la cohorte jacobina, y con escándalo del mundo civilizado, abusando de un despotismo mas que mahometano, pone fuera del dere-

cho común á la Iglesia, la persigue con leyes inicuas, que son la negación de los principios de igualdad y libertad, y jura, por mandato de las logias, que pondrá todo su esfuerzo para exterminar el clericalismo, epíteto con que disfrasan su odio á la Iglesia los jacobinos modernos.

*
**

Cuando el traidor de Judea medita un inicuo ataque contra la Iglesia, lleva consigo satélites armados. Trae la fuerza como escolta, pero ocultándola con disimulos y subterfugios. Judas había prevenido á su cohorte: *Aquel á quien diere un beso, ese es*; y, acercándose á Jesús (¡qué repugnantes son los traidores!) le besó, diciéndole: *Maestro, yo te saludo.* (L. c.).

Esta fué desde entonces como la palabra de orden, para traicionar á la Iglesia. No hay apóstata, ni hereje, ni mal cristiano que no haya venido á darle el saludo de Judas, prosternándose á sus piés para encadenar sus manos, besándole la frente para cerrarle la boca, y fingiendo honrarla para cubrirla con las más crueles injurias. ¡Beso de Judas! ¿qué pretendes aún? Existe una secta

satánica, llena de furor contra la religión, y que no habla sino de filantropía, de su amor á los hombres; mas espera con impaciencia que llegue la hora de poder anegar á la Iglesia en torrentes de sangre para regenerar al mundo! Pueblos: preveníos, porque su odio es concentrado, su lengua melosa y su beso es la señal del homicida. Ella, la Masonería, ha declarado solemnemente en una circular internacional: «Nuestro fin último es el de Voltaire y el de la Revolución francesa: el anonadamiento del catolicismo y hasta de la idea cristiana». Pero no lo conseguirá, por más trastornos que cause á los pueblos. La gran nación, á que hemos aludido, sufre su dominación tiránica; quizás verá de nuevo los días nefastos del terror; pero no será vencida la hija primogénita de la Iglesia.

Mas volvamos á la Iglesia, que continúa reproduciendo el papel de Jesús en el Huerto de los Olivos. Al celo intempestivo ó exagerado, que saca la espada para defenderla, dice, después de curar la herida de Malco: *Envaina tu espada; porque todos los que á espada hieren, perecerán con la espada.* ¿No es acaso conveniente que beba el caliz que mi Padre va á darme?» (Mat. ib.)

Pedro había herido como Moisés, cuando este mató al Egipcio, que maltrataba á un Israelita; Moisés no fué reprendido; pero lo fué Pedro, porque el ministerio del rigor quedó abolido y el de la caridad comienza. El Autor de la gracia quiso enseñarnos con su ejemplo, que prohibía la venganza. ¡Oh bondad santa, divina misericordia, sublimemente encarnada en la Iglesia! ¡Cuántas pruebas no ha dado de su amor á los mismos que la calumnian, la ultrajan y persiguen! ¡Cuántos Malcos socorridos, curados y salvados! Todos los días el impío viene á atacar á la Iglesia, y todos los días la Iglesia va á curar las heridas en las filas de sus perseguidores; jamás repara si están sus socorridos entre sus defensores ó entre sus enemigos. Sus hijas no hacen en los hospitales y hospicios la menor diferencia entre el fiel, que las bendice, y el sectario, que las odia. Tiene horror á la sangre esta Madre augusta; y, después de tantas venganzas contenidas, de tantas luchas prevenidas y de guerras aplacadas, es muy justo reconocer que permanece fiel al espíritu de su Maestro.

He aquí la fuerza y el recurso de la Iglesia al sufrir y encontrarse perseguida: se vuelve á las turbas, y sin salir de

su habitual y paciente calma, insinúa en breves palabras la injusticia de que es víctima inocente: «*Habéis venido á prenderme, como á un ladrón, con espadas y picas; yo estaba en medio de vosotros todos los días enseñando en el templo, y no me habéis prendido*». (Marc. XIV. 49).

La Iglesia desea evitar que cometan un crimen sus enemigos todas las veces que, volviendo á empuñar contra ella la espada, vienen á declararle una nueva guerra; pero ni su dulzura, ni sus beneficios pueden desarmar el furor de sus enemigos: sin embargo, esta es la hora en que puede ejercitar su paciencia, la hora del poder de las tinieblas. Ah! y qué lenta en pasar nos parece esta hora de la pasión de la Iglesia! Los malvados la aprovechan, la explotan, la devoran, y sin embargo, ella dura todavía. No importa; no es más que una hora; y esta hora, que parece tan larga en el reloj del tiempo, no tendrá un nombre siquiera en el cuadrante de la eternidad, pues con tal rapidez habrá pasado.

*
**

Quando la violencia injusta de la persecución pone su mano sacrilega sobre la Iglesia, la mayor parte de los hom-

bres, esos esclavos del temor, que acababan de decir: *contigo iremos á la muerte*, (Mat. XXVI. 35) al ver la espada, pierden la libertad, la razón, el sentimiento del honor, y huyen llenos de espanto. Cobarde deserción, menos culpable, sin duda, que la traición de Judas, pero vergonzosa también, y mucho más común.

Al verlos y oírlos, son valientes en los días de triunfo y de paz estos discípulos del Tabor, estos comensales de la Cena, estos Pedros, que tienen el juramento en la boca y que empuñarían la espada, al ver á los enemigos de la Iglesia aterrados ante su palabra. Pero que los sucesos defrauden su esperanza; que la fuerza soberana, en que habían confiado, parezca abdicar, cuando el cielo abandona en apariencia á la Iglesia; que suene la hora de las persecuciones que Dios permite por respeto á la libertad, porque sabe sacar mayores bienes; que se nuble, en fin, el cariz de la Iglesia; todo se acabó, y solo piensan en sus personas é intereses; juramentos, beneficios, prodigios, promesas divinas, todo es olvidado. No se creen obligados á defender á su madre perseguida, y se retiran á *la vida privada*, como dicen; pero nó sin que deje de remorderles la conciencia, por tan cobarde retirada.

¡Pobre humanidad, que, á pesar de tantos signos divinos, está pronta siempre á abandonar á la Iglesia, al primer síntoma de una nueva persecución! Mas ¿porqué teme? Acaso la Iglesia no ha dado una y mil veces pruebas de su divinidad y de su imperecedera vitalidad? ¡Cómo si el complot de Judas pudiese tener un éxito definitivo! ¡Cómo si la noche criminal del jueves pudiese impedir la resurrección del domingo!

Los conturbados discípulos de Jesús abandonaron á su Maestro en manos de Judas y de su cohorte de soldados; así la Iglesia es abandonada en poder de los traidores, que la venden, y de los Pilatos que la condenan.

Es, pues, la hora de salir del claustro y del santuario con la Iglesia traicionada, y seguirla en los modernos pretorios. Dios la ha probado en el Huerto de los Olivos con el caliz de la amargura; los hombres y las ciudades van á pesarla en la balanza de sus pasiones: al misterio del abandono, sucede el misterio de la injusticia.

Oigamos atentos el inícuo juicio contra la Iglesia.

*
* *

Cuatro son los jueces que perpetuamente arrastran la Iglesia á su barra: la impiedad, la corrupción, el odio y la política suspicaz. Pero la Iglesia no lo extraña, porque sabe de memoria, desde hace diecinueve siglos, los impíos interrogatorios de Caifás, las perversas insolencias de Herodes, las exclamaciones y ultrajes del populacho judío, y la culpable tolerancia y dolosa política de Pilatos: hé aquí de antemano todo el proceso de la Iglesia.

El primer tribunal, ante el cual suele ser arrastrada esta hija del cielo, está compuesto, como en Jerusalén, por los fariseos, los doctores de la ley y los ancianos del pueblo; es el tribunal de la opinión pública, el sanhedrín de las naciones, con todas las potencias reunidas de la pluma y de la palabra. La impiedad, que las convoca y preside, interroga desde luego á la Iglesia acerca de su origen y doctrina, como Caifás interrogó á Cristo. La Iglesia responde, como el Hijo de Dios; afirma su misión divina y su jurisdicción espiritual sobre toda la tierra; añade que ella enseña públicamente en sus templos, y que no es una advenediza entre los pueblos que ha civilizado. Se calla, en fin, cuando ya no se la escucha; aumenta entonces el

tumulto, y los escribas, los testigos falsos y los jueces, semejan salteadores, que ultiman su víctima en el fondo de una caverna, privándola de las últimas formas protectoras de la justicia y de la inocencia.

En efecto; si calla, se le reprocha su silencio: *¿Tú nada respondes?* Si habla, se le reprocha su audacia: *¿Así respondes al Pontífice?* (Juan. XVIII. 22.); y acusándola á la vez de no hablar y de hablar mal, se pone en duda, unas veces su ciencia, y otras su caridad. Algún subalterno insolente se acerca y le da una bofetada; y este es, ante todos, ese Malco, á quien acaba de curar, porque no hay peor gente, que los que ella ha colmado de beneficios, y que, pasando de sus claustros, de sus santuarios ó de sus filas á las sinagogas del error, abofetean á la divina acusada con toda la impudencia de la ingratitud.

La Iglesia, ante el tribunal que la impiedad inspira, es siempre condenada de antemano. *¿Qué se busca y pretende para acabar con ella? ¿Acaso un crimen contra la humanidad, la justicia ó la razón?* Pero la Iglesia no ha pasado sino haciendo bien. *¿Una fórmula, al menos, para cubrir con una frase de efecto la condenación ya acordada?* Sí: «Qué es

enemiga de las luces y de la ciencia». Mas, *¿cómo*, si ha fundado la enseñanza gratuita y las universidades, cuando el mundo no sabía lo que era ciencia y toda la ilustración estaba en sus claustros? — «Qué es incompatible con el progreso y la civilización de los pueblos». Pero, *¿cómo* puede ser así, si ha marchado siempre al frente de la civilización, unciendo á su carrosa, como á corceles de carró triunfal, todas las fuerzas intelectuales y materiales del universo, y no hay pueblo civilizado que ella no sacara antes de las tinieblas de la barbarie? Ah! estas son mentiras inicuas de suprema ingratitud; y si nó en el vulgo ignorante, en los instruidos son mentiras conscientes, para paliar actitudes inconfesables!

Pero las mentiras son insuficientes, y la crítica, por pervertida que esté, resiste á los esfuerzos de los escribas.

Entonces recomienza el interrogatorio; se conjura á la Iglesia para que responda sí ó nó, si es verdaderamente divina su misión; y la Iglesia responde hoy lo que ha declarado ayer; ante el progreso lo que ha dicho ante la impiedad, y ante la heregía lo que ha respondido á los tiranos: *Si; lo soy.*

Mas, no vayáis á creer que la impiedad

discuta esta respuesta, ó que respetará, al menos, la decantada libertad de conciencia. Nó; la entrega como un escándalo á los clamoreos de la opinión. Creer, decir, repetir que es divina, es la más odiosa de las blasfemias á los ojos de la incréduliadd; se indignan, afectan un escándalo hipócrita; declaran imposible la revelación divina, porque así parece á su razón incrédula; y reuniendo al rededor de esta hija de Dios los heraldos de la prensa, los príncipes de la opinión y los lacayos de todas las potencias, exclaman con el más hipócrita de los escándalos: *Habéis oído la blasfemia! ¿qué necesidad tenemos de testigos? Es digna de muerte.* (Marc. XIV. 65). Y no hay apelación; éste es el único y el gran crimen de la Iglesia.

Ah! desde que esta causa ha sido introducida, no encontraréis en los archivos de las naciones otra queja contra la Iglesia, sino *la pretención*, tan fundada, que tiene de ser divina, de ser la verdadera Iglesia de Jesucristo. Si pudiera abandonarla, tiempo ha que no tendría enemigos, y viviría en paz con las pasiones; y se la aplaudiría como muy progresista y digna de todos los honores; pero la impiedad no le perdona que diga siempre la misma cosa, en los mismos térmi-

nos, con las mismas pruebas, la misma inflexibilidad y la misma grandeza: *Yo soy la verdadera Iglesia de Jesucristo.*

Las tempestades que levanta con semejante respuesta, son mucho más espantosas que las que agitaron al sanhedrin y á la ciudad de Jerusalem; hoy dia el tumulto es en el mundo entero, el proceso se instruye en todas partes, los escribas se agitan en todos los pueblos, y la Iglesia, envuelta en las tinieblas esparcidas por el error y la calumnia, más que nunca semeja á Jesús, el divino acusado, convertido en el pretorio en befa de los más viles lacayos. Le escupen á la cara, la injurian, le velan el rostro, declarándola fautora del oscurantismo y de la inmoralidad, sabiendo que mienten; porque está escrito: *os persiguirán y calumniarán*, MINTIENDO, *por causa de mi nombre.*

Unos la abofetean y preguntan, ocultando su nombre en panfletos anónimos: *Profetiza y adivina quien te ha herido*, (Mat. XVI. 68.); otros, más viles aún, la atacan por la espalda y la difaman con más impunidad en tribunas y centros literarios, abusando de la libertad de calumniar, y sabiendo que nadie irá á recoger ese guante de la insolente bofeta de Malcos. Nada podria

dar idea de los insultos y vejámenes de que Jesús fué víctima, como las indignidades y burlas de que su Iglesia se vé colmada hoy día por el anticlericalismo y la impiedad.

¡Y cuánto ha sido explotado este género de persecución en todas las épocas, ya que el insulto y el ridículo, tanto efecto hacen en el vulgo! Para reclutar cómplices, el espíritu del mal inventa una palabra de orden, y este mote, aunque no comprendido, y por más absurdo que sea, da la vuelta del mundo. Para ridiculizar á los amigos é hijos de la Iglesia, este mote, en tiempo de Nerón y Diocleciano era el de *enemigos del género humano*; en el de Juliano, el de *galileos*; en tiempo de Lutero, el de *papistas*; en el de Voltaire, el de *beatos ó devotos*; á principios del siglo pasado, el de *jesuitas*; mas adelante, el de *obscurantistas y retrógrados*; hoy día el de *clericales*. Con un epíteto semejante sobre la frente, creen que ya no hay más que decir, ni se tiene el derecho de ser atendido ni considerado; ni hay razones que valgan: es una sentencia de ostracismo irrevocable á los ojos de un partido, que ha resuelto proscribir bajo este nombre el honor, la caridad, los grandes talentos y las grandes vir-

tudes. Y hasta han logrado infundir miedo entre las gentes vulgares y no vulgares, ante ese espectro clerical. «¡Cuidado! porque sería suma desgracia, si nos viene una invasión de jesuitas y clericales!» Así explotan los incrédulos y jacobinos la credulidad del vulgo.

Resignémonos, sin embargo, porque es necesario saber ser impopular para permanecer honrado, independiente, superior al respeto humano y á la burla insana; para ser católico, en fin, que es el verdadero nombre. Pero, consolémonos, porque estamos en muy buena compañía: muy honroso ha sido á los católicos ser del partido de los apóstoles contra los Nerones y Dioclecianos; los galileos del tiempo de Juliano eran los Basilio, los Gregorios y los Crisóstomos; los papistas de la época de Lutero, eran los León X, los Borromeos, los Rafael y Miguel Angel; y en fin, esos devotos, esuitas y clericales, son los de Maistre, los de Bonald, los Chateaubriand, los Balmes, los Donoso Cortés, los Secchi, los Le Verrier, los Pasteur, y muchos otros, de quienes la historia conserva glorioso recuerdo.

Detrás de la impiedad, que denuncia y acusa á la Iglesia, vienen siempre la corrupción, que se burla de ella, el odio sectario que la persigue, y la política complaciente y débil que la condena.

De entre estos tres papeles, la corrupción desempeña el menos activo, pero el mas común, en la guerra declarada á la Iglesia; no despliega contra ella la vigorosa iniciativa que el genio del mal inspira á las almas enfurecidas; pero su secreta y natural antipatía no deja de estallar en la ocasión propicia. En el camino de sus sufrimientos, en su perpetua viacrucis, la Iglesia se encuentra todavía con más Herodes que Caifases, con más vicios y desprecios, que enemistades y venganzas.

Herodes merecía personificar este nuevo tribunal. Licencioso en sus costumbres y cruel por debilidad, había llevado al trono el escándalo del incesto, y había hecho decapitar á San Juan Bautista en honor de una bailarina. Al serle presentado Jesús por orden de Pilatos, le interroga con una avidez impaciente; pero ¿cómo podía obtener de Jesús ni milagros, ni respuesta alguna, ese miserable corrompido? Herodes, herido por semejante silencio, lo trata con desprecio; lo hace cubrir

con una vestidura blanca, como era costumbre hacerlo con los dementes, y no encontrando en él nada de inquietante para su reino, ni de desagradable para su curiosidad corrompida, lo devuelve á Pilatos, que le había deferido, tanto por política como debilidad, el honor de juzgarlo. Herodes y Pilatos eran enemigos; esta ocasión los reconcilió, porque cuando se trata de perseguir al justo, todos los malvados se reconcilian y se unen.

Pero, ¡cuántas páginas de la historia de la Iglesia en estos versículos del Evangelio! Los impíos le piden milagros, pero Jesús le ha dictado la conducta que debe observar, encerrándose en un modesto silencio. No abre la mano poderosa en las cortes corrompidas, porque esos hombres de pecado no merecen ser testigos de su poder, que no se ejerce sino para la edificación y no por curiosidad. Tampoco abre á las veces los labios que instruyen, porque los impíos no son más dignos de obtener sus respuestas, que de admirar sus obras.

El tiempo de los milagros y de las enseñanzas ha pasado para los corazones llenos de ignominia y de infección. ¿Qué querrían ver y qué podrían oír todavía? Existen para convencerlos Moisés y los

profetas, cuya autoridad bastaría para convencer á los hombres de buena voluntad.

Mas, si fuera necesaria una nueva demostración para hacer resaltar la semejanza de la Iglesia con Jesús, el mundo se encarga de proporcionarla. Se sonríe, se encoje de hombros, se llena de un compasivo desprecio ante las humillaciones de la divina mensajera, errante en medio de las pasiones que la acusan; sin embargo, la Iglesia lleva la púrpura irrisoria con que se la reviste, con una majestad que á ella solamente es propia; y la vestidura, que en otros parece el atributo de la locura, se convierte sobre sus hombros en insignia de gloria. Do quiera que la Iglesia se presenta á sus ojos, los lacayos de la impureza, los cortesanos de Herodes, no han cambiado ni de actitud ni de lenguaje; son ellos los que tachan de centros de corrupción é inmoralidad á las órdenes religiosas y de corruptora á la misma Iglesia; mas ¿podrían burlarse de otra cosa que de la virtud, de la inocencia y de la santidad? Ni ¿cómo podrían conducirse de otra manera los corrompidos y corruptores? Levantad, levantad siempre la voz contra la Iglesia; acribilladla de injurias ó de irrisiones, porque ésta es también una señal por la

cual los sabios reconocerán fácilmente su grandeza y su divinidad, al verla víctima de tales sayones y victimarios.

En fin, la corrupción y la política, Herodes y Pilatos, se reconcilian al hacer el proceso de la Iglesia. Reconciliación odiosa y cruel, que es de todos los lugares, como de todos los siglos. Carácter verdaderamente profético de la prueba inmortal que la esposa de Jesucristo sufrirá hasta el fin del mundo.

Las pasiones desunidas se conciertan, los sectarios, jacobinos ó protestantes, se hacen mútuas conceciones, todos los enemigos se unen; pero la Iglesia lo escucha todo, lo sufre todo, tranquila y silenciosa, á semejanza del Cristo; porque sabe que en el tumulto de las pasiones no es oída la voz de la justicia; aunque llegará el momento en que la iniquidad será descubierta y avergonzada.

*
*
*

Mientras tanto, la turba entra en escena con Pilatos, y dos nuevos papeles comienzan en el mundo. La Iglesia, acusada por la impiedad, despreciada por la corrupción, se convierte poco á poco en objeto de un odio universal. Para ella no hay tolerancia, ni libertad de

conciencia, ni siquiera el mero desprecio, que la deje vivir arrinconada y en silencio.

No es propio sino del verdadero Dios y de la verdadera Iglesia inspirar á la humanidad caída esta aversión viva, ardiente y profunda, que parece sobrepasar los límites de lo posible. El Salvador Jesús, á pesar de su dulzura, su caridad y sus beneficios, ha sido el blanco de todos los insultos de la ceguedad popular; la verdadera Iglesia se encuentra con las mismas turbas, los mismos clamores, las mismas injurias. Se repiten, palabra por palabra, al arrastrarla de Pilatos á Herodes y de Herodes á Pilatos, las acusaciones que resonaron en Jerusalem al paso de Jesús: *Engañais á los hombres*, dicen á la Iglesia y á sus ministros; esto es, sois hipócritas, farsantes, explotadores de la credulidad ignorante:—*Sublevais los espíritus*; esto es, les enseñais á desconocer las leyes del Estado por seguir prácticas fanáticas:—*Conturbais las naciones*; esto es, producís las divisiones y disensiones religiosas. Esto dicen á porfía sus adversarios; y con acusaciones de que se rebela contra los poderes públicos, ó de que perturba las familias y la sociedad, se la hace, no solo sospecho-

sa, sino odiosa. ¿Es necesaria alguna imputación más precisa? Se mentirá para hacerla arrastrar ante los tribunales: *Ella pervierte las gentes y prohíbe pagar el tributo al César*. (Lucas XXIII. 2). Denuncias calumniosas, que llaman la atención de los gobiernos, sin encontrar desde luego mucho crédito; pero la turba aumenta, el clamor se hace cada vez más furioso, y es necesario que Pilatos vuelva á comparecer en su tribunal, que examine de nuevo el proceso, y que tome un partido.

Cuando la Iglesia confiesa ante él su misión divina de salvar las almas, y declara, como Jesús, *que ella ha nacido, que ha venido al mundo para dar testimonio de la verdad*, los gobiernos humanos no disimulan su admiración: *¿Qué es la verdad?* (Juán. XVIII. 38); y no esperan la respuesta, porque ellos no conocen, ni adoran, sino la opinión.

Cuando la Iglesia, abrumada de calumnias, se resigna al silencio, los poderes humanos, encontrándose cada vez más débiles en presencia de la mentira potente, conjuran la Iglesia á que escuche, al menos, el clamor de la chusma insolente, para defenderse y salvarse á sí misma: *¿No oyes cuantas cosas afirman contra ti?* (Mat.

XXVII 13). Pero ¿á qué perder el tiempo en responderles, si son calumniadores de profesión y á sabiendas?

Cuando la Iglesia, declarada inocente en varias ocasiones, es arrastrada de nuevo por la opinión, más amotinada que nunca, ante los tribunales; aturdidos por tanta audacia los gobiernos, proponen acomodamientos para calmar á las turbas amotinadas por la impiedad: *La haré castigar y después la dejaré libre.* (Luc. XXIII. 23). ¡Qué lógica! Se la despoja, en efecto, se la azota y flajela, se la quiere también dejar libre, pero desnuda; y se hacen la ilusión de que, después de haberle quitado su última vestidura, se obtendrá para ella la gracia de la vida. Ah! qué poco conocéis la lógica de las pasiones! ¿Habéis cedido? todo está dicho. Han visto vuestra debilidad y adivinado los secretos instintos que os dominan. Han comprendido que no era la justicia, sino el deseo de vuestra conservación y de vuestra tranquilidad, quien dictaba vuestras medidas. Se han prometido empujaros hasta el fin, y arrancaros, á pesar de vuestras declaraciones en favor de su inocencia, una sentencia de proscripción y de muerte contra la Iglesia. Decid, si os place, que no hacéis acto de moral, sino de po-

lítica, y que hay un arte para desmentirse y retractarse á tiempo. ¡Triunfo de un día! Artificio vergonzoso! La sola política digna de este nombre, es la que se afirma ante los malvados, y sabe castigar las calumnias y complots, para su propia honra y respeto.

Pero la política pusilánime busca un subterfugio, y pone á la Iglesia en paralelo con los Barrabás de todos los siglos; y pide para ella una gracia que se ha acordado mil veces á los mayores criminales. Dejemos á la Iglesia en paz, porque siendo por naturaleza conservadora, puede ayudar la sociedad para librarse de los amagos del socialismo y de la anarquía. Pero, esta comparación con Barrabás, por mas injuriosa que sea, lejos de asegurar la salvación de la hija de Dios, no hará más que aumentar el odio satánico de que está animado contra ella el populacho. Barrabás, este sedicioso, este ladrón, este homicida, en ninguna parte es impopular: la Iglesia, dulce, bienhechora, abnegada, es naturalmente odiada. Las turbas, dice Orígenes, se reconocen en Barrabás. Ellas pedirán siempre á Barrabás, porque todo el que hace el mal, ó quiere hacerlo, pide que Cristo sea condenado y Barrabás liberado.

Y ¿no lo estamos viendo? Mientras hay amplia libertad para el socialismo y anarquismo, se expulsan los religiosos, porque viven en comunidad; y mientras se legaliza el ejercicio de la infame prostitución, como una exigencia social, se declara ilegítima la profesión religiosa de la virginidad; virtud que hasta el paganismo honró en sus Vestales, á las que el mismo Cesar debía ceder el puesto de honor. Así pues, cuando la Iglesia es condenada, se pide la libertad de los Barrabás y sus cómplices.

*
* *

Pero cuanto más crece el odio de los enemigos de la Iglesia, más tiembla la política complaciente. Así, no será suficiente que la Iglesia sufra el suplicio injusto, aunque en apariencia legal, de un despojo y de una flagelación oficial hay días y lugares en que los poderes; humanos toleran que la turba emprenda lo que ellos no osarian ejecutar por sí mismos. Ellos abandonan la Iglesia en manos de los impíos y cierran los ojos ante los ultrajes que ella recibe en el pretorio.

Esa púrpura, de que fué revestido Cristo, esa corona de espinas clavada en su

cabeza, esa caña que, á manera de cetro de burla, fué puesta entre sus manos ligadas, esas escupidas, esas bofetadas, esa sed de cubrir de oprobios y escarnio al Hijo de Dios, todo eso es reciente, diario, actual, visible aún hoy día. Los ultrajes que los miserables infieren á la Iglesia, han sido excitados por los escribas y tolerados por los poderosos, en Paris, como en Lóndres, como en Viena y en Stockholmo, en Madrid y en otras partes. Cada siglo tiene sus páginas manchadas con el lodo de las calles y la sangre de la Iglesia. Cada pueblo tiene en sus páginas nombres odiosos, fechas fatales, ejemplos y hechos, que aun causan horror al leerlos.

Y lo que es peor; al volver la calma, los Pilatos se congratulan, ya de no haber ordenado nada contra la inocencia, como si su deber no fuese el defenderla; ya de haber, en nombre de la libertad, permitido todo al odio, como si su deber no fuese el de reprimirlo y ponerlo á raya, para que sea la justicia y no la pasión la que impere en las sociedades.

En fin, la Iglesia, despojada y cubierta de oprobios, reaparece á los ojos del mundo en la actitud de Jesús flajelado y vuelto á presentar por Pilatos ante los judíos. Los gobiernos humanos creen

que el odio debe estar satisfecho, y, mostrando la víctima, dicen después de esas convulsiones religiosas, de esas expulsiones de monjes y hermanas de caridad, después de las confiscaciones legales, tan frecuentes en la historia: « Hé aquí á la Iglesia, reducida á la miseria y condenada á la impotencia por la mutilación de sus derechos, la humillación de su clero y la confiscación de sus bienes: *Ecce homo!* » Ante este espectáculo los creyentes se aflijen, por tamaña injusticia; pero la política les responde en voz baja: « Los tiempos son malos, y era necesario ceder á la borrasca para evitaros la tempestad. No os desaniméis; conozco vuestra inocencia; pero he querido salvaros á trueque de concesiones: *Ecce homo.* »

La impiedad y el odio gritan á su vez; pero la política les responde en voz alta: cesad de temer y de alarmaros; la Iglesia tiene las manos atadas, su esplendor ha pasado, su reino ha terminado, su vida se extingue; dejadla morir por sí misma: *Ecce homo.* (Joan. XIX. 5.)

Mas ¿qué han ganado los Pilatos de todos los tiempos con este sistema equívoco, con declaraciones que dan esperanza á los buenos, y con concesiones que autorizan á los malos? La turba

continúa siempre clamando, más ávida que nunca de la sangre de la Iglesia: *Crucificala, crucificala!* — ¿Pero, qué mal ha hecho? — *Crucificala, crucificala!*

¿Obran así esos Pilatos, porque no están seguros sobre su tribunal? Qué importa! Es necesario saber bajar dignamente, antes que traicionar la justicia. Pero quizás su trono tambalea. Qué importa! Mas vale saber morir con honor, si no se sabe gobernar con autoridad. Oh! gobernantes de la tierra, qué ciegos sois, y qué mal comprendéis vuestros verdaderos intereses! ¿Qué no dirá la impiedad desenfrenada, para obtener contra la Iglesia la complicidad de vuestro brazo? Escuchadla; prorrumpe desde luego, en protestas de adhesión y fidelidad, y hace declaraciones de obediencia: *No tenemos más rey que el Cesar.* (Joan. XIX. 12.)

Y así lo creereis, hasta que estalle la rebelión en esas ciudades embriagadas con la sangre del justo, como Jerusalem, y que sea necesario un Tito al frente de las águilas del imperio para sofocar y anegar en sangre la insurrección de un pueblo, que ya no quiere dar al Cesar lo que es del Cesar, porque vosotros no habeis querido dar á la Iglesia lo que

es de la Iglesia! ¡Oh, ministros del poder, qué odiosos sois en vuestra debilidad!

En vano procurais encontrar el medio de salvar á la Iglesia inocente complaciendo á las turbas: semejante medio no encontrareis jamás. La turba os gritará: *Si la dejais libre, no servis al Cesar.* Ante esta acusación de lesa-majestad ó lesa-patria, vuestra miserable conciencia puede protestar todavía; pero vuestra conducta protesta contra vuestras palabras.

Así, os oimos declarar cobardemente: *Crucificadla, si queréis; en cuanto á mí, no encuentro crimen en ella.* Os vemos volver á subir á vuestro tribunal y lavaros las manos con solemnidad, diciendo al pueblo: *Soy inocente de la sangre de este justo; vuestra es la responsabilidad.*

Mat. XXVII.24.) ¡Vana ceremonia, miserable recurso, precauciones irrisorias contra el juicio de la posteridad! El que entrega la sangre de la Iglesia es tan culpable como el que la pide. Fué bajo Poncio Pilatos que sufrió Jesucristo; es la raza de los Poncio Pilatos la que perpetúa la Pasión de la Iglesia. No sería suficiente, para consumir los tormentos, ni el complot formado por la impiedad de Caifás, ni la corrupción de Herodes, ni el

ciego odio del populacho; fué necesario que la audacia de tantos vicios fuese enardecida por la cobardía y consentimiento de un poder envilecido y miedoso; fué necesario un Pilatos, que se rehusa al principio, da testimonios de la inocencia del acusado, vacila por largo tiempo, pero que, de concesión en concesión, acaba por abandonar, sin juzgarla, á la divina acusada, á la que no se atreve á defender por temor de perder su puesto. Hé aquí porqué decimos de la Iglesia con tanta razón, como del Hombre-Dios, con la inexorable fidelidad de a historia, como del Evangelio: «Padebió bajo el poder de Poncio Pilatos: *Passus est sub Pontio Pilato.* Nada le valió el lavarse las manos.

*
**

Apenas tenemos valor para comentar las últimas palabras del odio popular. *Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* Ah! en verdad que está sobre nuestras cabezas, la sentimos, toda la sangre inocente que se ha pedido á la Iglesia desde el Cristo y los primeros mártires, que corrió á torrentes en los anfiteatros y en los circos; hasta la sangre de

los héroes de nuestros tiempos, de las cien mil víctimas de la Reforma y del Terror. La sangre de la Iglesia es pedida en todas partes; se la denuncia y se apresura su suplicio: ¡á la muerte, á la cruz, al destierro! Esa raza de perseguidores de la inocencia calumniada no muere. Ayer se llamaban escribas y fariseos; hoy jacobinos y anticlericales; pero mas odiosos que aquellos, porque todo lo deben á la Iglesia que calumnian y persiguen.

Pero hay mas; en los días de tregua, cuando parece que el mundo vuelve sobre sus pasos, y que la Iglesia respira un poco, no esperéis que se lamente la sangre derramada. Nada de arrepentirse, ni expiaciones, ni justicia á las víctimas, ningún reproche á los verdugos; ni se consiente ser acusado, reprendido y condenado por la historia. Y lo que es más horroroso, es que los suplicios de nuestros sacerdotes, las masacres realizadas en nuestros claustros, y nuestras Iglesias profanadas, han tenido sus panegiristas. Cuando se debía verter lágrimas para obtener de Dios el perdón de un pueblo que se extravía, se nos quiere obligar á admirar un pueblo heróico é independiente. Indigna apología, en efecto, la de

la confiscación, del destierro, de la prisión y del cadalso. ¡Cómo si excusando un pasado odioso, se preparase á los crímenes futuros una legítima excusa! ¡Como si todo fuese permitido de antemano, la tiranía, la prisión, el asesinato, con tal que sea contra la Iglesia y en nombre de la revolución! ¡Como si los pueblos modernos pudiesen desafiar impunemente la justicia del Ser supremo y decir cantando y prorrumpiendo en risotadas impías ante la Iglesia cargada con su cruz, lo que los Judíos decían frenéticos y rabiosos: *Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!* ¿No véis cómo se está haciendo ingobernable esa turba en la que habéis inoculado el odio á la Iglesia y á sus instituciones? Los gobiernos no han querido escuchar las enseñanzas de la Iglesia; pero ya los obligarán á hacerlo esas masas indómitas, que tienen por lema: «Ni Dios ni Amo», proponiéndose la destrucción social. Oid, pueblos! Esas hordas de bárbaros civilizados tienen, como los bárbaros de Atila y Genserico, la misión de ser *el azote de Dios* entre gentes que ya no creen en Dios.

Pero es detenernos demasiado en la parte que toman los hombres en la Pasión de la Iglesia.

¿Quién no la ha visto sobre la cruz, los piés y las manos atravesados con clavos, la cabeza coronada de espinas, abrevada con hiel y vinagre, agravada en su martirio por el insulto, la negación, el odio; intimada á bajar, si es divina, del instrumento de su suplicio, y continuar sin embargo, sufriendo y muriendo libremente por la salud del mundo? Ah! este es el prodigio del amor y de la caridad.

Desde lo alto del Calvario, en donde el mundo la tiene crucificada, ella repite y confirma la palabra de Jesucristo; perdona en nombre del soberano Rey; ora y se inmola en nombre del soberano Sacerdote; conserva en nombre de Jesucristo dos legados, que Dios solo puede hacer al mundo: el amor y la verdad.

Pero la cruz de la Iglesia es un trono, desde el cual descienden las sentencias de gracia, de misericordia y de perdón. Escuchad cómo ella implora al Señor en favor de sus verdugos: *Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen.* (Luc. XXIII. 34).

¡Qué espectáculo! El mundo pervertido ultraja á la Iglesia, y la Iglesia tiene compasión del mundo; el mundo acusa á la Iglesia y la Iglesia toma la defensa

del mundo; el mundo maldice á la Iglesia y blasfema contra ella, y la Iglesia implora para el mundo la bendición, la salvación y la vida. Arrojadla en aceite hirviendo ó en metal fundido; desgarradla lentamente con garfios de hierro, estendedla sobre el potro, suspendedla de una rueda en ascuas, arrojadla á los leones y panteras del anfiteatro: si su boca aun se puede abrir y su mirada dirigirse al cielo, será para exclamar: *Padre mío, perdónalos, porque no saben lo que hacen.* Jamás ha arrojado su guante al populacho, desde lo alto del patíbulo, pidiendo venganza.

La Iglesia dice también á nuestra generación: «Perdónala, Señor, porque no sabe lo que hace». Si; es digna de ser disculpada, porque no es todo suyo el crimen que comete persiguiendo á la Iglesia: ha sido educada sin religión; le han enseñado el odio á la Iglesia, ¿cómo podría hacerse superior al inmenso cúmulo de preocupaciones? Mas bien, hay que compadecerla é ilustrarla. Y ¿no debemos decir lo mismo hasta de esas turbas desenfrenadas, que los gobiernos ya no pueden someter, sino usando de la fuerza bruta de las bayonetas? Ellas no tienen la culpa sino el sistema de enseñanza laica y atea; pues ya se había

advertido á las naciones que de las bancas de esa escuela saldrían un pueblo feroz y una barbarie decadente.

*
* *

Ah! lo sabemos: decis que en lugar de perdonar, la Iglesia castiga y excomulga. Es verdad; porque además del perdón, la Iglesia tiene también el deber y el derecho de corregir á sus hijos desobedientes y rebeldes, como lo hace una madre tierna, pero sin debilidad en su amor; y al ejercer este derecho y al cumplir con este deber, se funda en las atribuciones de toda sociedad respecto de sus miembros.

La Iglesia ha ejercido este poder coercitivo, que tiene toda sociedad, en todos los siglos desde los apóstoles; y en el ejercicio de ese derecho ha sido alabada hasta por M. Guizot (Hist. mod. lec. VI); pues ha infligido penitencias, ayunos, multas y otras penas, comparativamente muy suaves, en tiempos en que el código penal europeo empleaba penas atroces. ¿Qué era la prisión á pan y agua, en comparación del descuartizamiento, de la rueda, de la horca y el fuego?

Bien sabemos que se ha querido con-

fundir el ejercicio del poder coercitivo de la Iglesia con el código de las penas infligidas por el poder civil á los hereges: son dos cuestiones muy distintas, sin embargo; pues ¿quien no conoce el principio proclamado siempre: *Ecclesia abhorret a sanguine?* Pero la legislación civil y las constituciones de los Emperadores, habían hecho de la heregía un crimen de Estado; y, en efecto, lo era, porque convulsionaba el orden público, como lo demuestra la historia. Una vez constatado el crimen legal, el resto era una consecuencia, y el brazo secular ejecutaba á los hereges como culpables de un atentado contra la sociedad. La atrocidad de los suplicios, herencia malhadada de la crueldad de Roma pagana, estaba en las costumbres, y, por tanto, á nadie repugnaba: es necesario juzgar las instituciones según el criterio de la propia época; nuestras costumbres no son aquellas. Gentes que habían visto durante siglos á los hombres desgarrados por las bestias en los anfiteatros, quemados en hogueras, en plomo derretido, aceite hirviendo ó deshechos con azotes y garfios, admitían sin repugnancia las torturas y las piras. Sería una injusticia hacer á la Iglesia responsable

de cosas que no nacen de su enseñanza ó disciplina;—ella no puede ser solidaria de esas tradiciones y costumbres, que fueron por mucho tiempo mas fuertes que su ejemplo, y que eran necesarios siglos para desterrarlas; como sucedió con el divorcio, que ella reprobaba, pero que era mantenido por la legislación civil.

Ella daba el ejemplo, absteniéndose de derramar sangre, «la Iglesia abomina el derramamiento de sangre», *Ecclesia abhorret a sanguine*, como muy alto lo proclamaba, á pesar de la opinión reinante, de las leyes y de las costumbres: sería injusticia manifiesta no recordar esta conducta suave de la Iglesia, y el ejemplo de Roma papal, cuya Inquisición Suprema jamás ejecutó á ningún herege; gloria tanto más digna de la Iglesia, si se recuerda que estuvo sumergida en atroces tormentos durante siglos, sin que jamás tomase la revancha.

Si la inquisición española del siglo XVI, que tanto se ha exagerado y calumniado, no tiene justificación en un pueblo que sostuvo durante ocho siglos una guerra religiosa por la independencia nacional, al menos debieran callarse de vergüenza sus adversarios, porque mu-

cho menos puede tener disculpa la persecución protestante; ni la inquisición revolucionaria del siglo XVIII, que en época de mayor civilización é invocando la tolerancia, inventó la guillotina, creó el infame tribunal de sospechosos, y mereció el nombre, que ninguna intolerancia cruenta ha merecido, el del *Terror*. Y si se replicase que esta inquisición revolucionaria se explica por las circunstancias en que se encontró Francia, y que es exclusivamente suya la responsabilidad, lo mismo podemos afirmar respecto de España; y con mayor motivo. ¿Ni cómo podrá imputarse á la Iglesia la *Sambartolomé*, crimen meramente *politico*, fraguado por Catalina de Médicis contra los hugonotes? Estos, por otra parte, eran perpétuos conspiradores contra el trono, lo que, si no justifica, explica esa masacre, en que la Iglesia ni tuvo parte, ni fué consejera; si en Roma el Papa mandó cantar un Tedeum, fué porque en el primer momento se le hizo creer por la corte, que el rey acababa de salvar de un complot.

Y si nos concretamos á nuestra época; mientras los católicos jamás salen á hacer contramanifestaciones, ni á incomodar á sus adversarios en mitins hosti-

les; los enemigos de la Iglesia salen por las calles gritando: ¡mueran los clericales!; y lo que es mas, van guiados por el instinto cruel del pueblo romano, cuando clamaba: ¡los cristianos á la hoguera, los cristianos á las fieras! Pues ¿acaso no estamos viendo cómo se incendian conventos, se expulsan ó asesinan religiosos; y que si no lo hacen con más frecuencia, es porque se lo impide la fuerza pública? Y si nó, bastaría recordar los furores y las matanzas de la Comuna de 1870, cuando el jacobinismo pudo dar rienda suelta á sus instintos sanguinarios. ¿Ni quién ignora que los católicos casi no pueden celebrar una simple peregrinación, ó mera procesión, sin ser incomodados ó insultados, y esto en pleno siglo de libertad y tolerancia?

En cuanto á la intolerancia doctrinal, en virtud de la cual la Iglesia condena los errores, que ha enumerado en el *Syllabus*, es consecuencia de su propia misión de enseñar la verdad y apartar á sus fieles de caer en el error; si así no lo hiciera, no cumpliría con su deber. Mas ¿porqué se escandalizan sus enemigos, pues proclaman un *Syllabus* contrario al de la Iglesia, cayendo en flagrante contradicción con su propio

principio de libertad de pensamiento y de conciencia? Pero si se trata de tolerancia respecto de las personas, ella tiene por principio la máxima de San Agustín: *interficite errores; diligite homines*: perseguid los errores, pero amad á las personas. Y es con esa caridad paciente, como ha tratado á la presente generación, que con tanta ingratitud la desconoce y persigue.

*
* *

La intolerancia está, pues, en sus adversarios, en esos furiosos *anticlericales*; pues, mientras no pueden quejarse de que carezcan de absoluta libertad, ó de que se les impone algún acto ó práctica de nuestra religión, ellos no pueden tolerar que practiquemos nuestra religión, porque á ellos no les parece buena: son verdaderos enemigos de la libertad esos pseudo-liberales.

Y ¿cómo calificar su actitud, sinó de fanática é intolerante? Y en verdad; todo eso que entre nosotros se decora con el nombre de *propaganda liberal* y *partido liberal*, no constituye sino una secta intransigente, denominada *anticlericalismo*, que se disfraza con un barniz engañoso de liberalismo, aunque

repudiada por este, como no puede ser por menos, si ha de conservar una tradición respetuosa por la libertad; mientras ese liberalismo anticlerical no hace mas que propagar prejuicios añejos y odios del mas intransigente sectarismo, hasta servirse de leyendas embusteras y calumniosas, y producir la discordia social, ofendiendo y afrentando á la religión de sus conciudadanos en panfletos, que son la vergüenza de toda sociedad culta, hasta recalentar las leyendas de *Juana la papisa*, los *crímenes de los Borgias*, las *Mónita secreta* de los jesuitas, y otras cosas semejantes, que la historia ha relegado á la categoría de fábulas. Cuando no respetan la historia, ¿qué podrán respetar en su afán de calumniar á la Iglesia?

Es verdad, que esta campaña anticlerical pretende decorarse con la calificación de *liberal* por la denominada *Asociación de proganda liberal* y por el *Centro liberal*; pero seríamos injustos si no confesásemos que ha sido repudiada por el liberalismo, que proclama la libertad y el respeto para todos, hasta calificar esa propaganda, ó partido, de *pseudo-liberalismo*, *fariseísmo liberal*, y *autoritarismo jacobino*; y para que no creais que nos ofusca

el espíritu de controversia, recordaremos que es el liberal Leroy - Beaulieu quien afirma que el anticlericalismo ha llegado á ser la vergüenza del liberalismo, porque es la más flagrante negación de la libertad. Mirad cómo indica los caracteres que le distinguen: sus escritos, dice, sus discursos y propaganda *repiten y respiran inveterados prejuicios, odios sectarios y un autoritarismo jacobino; y el todo cubierto con un barniz engañoso de liberalismo, adornado de un pedantesco disfraz científico*. Y como si esto no bastara, para reconocerlo con certeza, añade: «Al verle manos á la obra, el anticlericalismo militante, (liberalismo anticlerical) recurre de buena gana á los métodos de propaganda, ó de polémica, en que se apela á los prejuicios y á las pasiones de la muchedumbre, no retrocediendo ante las insinuaciones *calumniosas* ni ante las leyendas *embusteras*»; y no titubea en afirmar que ese liberalismo anticlerical *representa el espíritu de desorganización* en las sociedades modernas.

Así pues, cuando les oigamos decir que ellos atacan á la Iglesia, porque perturba la sociedad y produce la división en las familias, ya sabeis quienes

son los verdaderos perturbadores y los intolerantes.

Pero queremos también recordar cómo califica esa propaganda odiosa un compatriota liberal (1), haciéndolo con la misma energía de Leroy-Beaulieu: «Ella se inspira, dice, en el más inexplicable, en nuestra época, de todos los odios: el odio religioso... Hay mucha gente que dice profesar el liberalismo, y sin embargo, son sectarios de la más torpe autocracia; libre-pensadores de boca, su conducta es de autoritarios. Para muchos el liberalismo consiste en *aplaudir las persecuciones religiosas, en calumniar á la Iglesia, en hacer escarnio de sus doctrinas é infamar á sus representantes*. Ese pseudo-liberalismo es el fariseísmo liberal; la escuela reaccionaria, y á ratos criminal, de los *sans culottes* y de los setembrizadores; la banda abominable de los que imitan á los jacobinos en sus insanias revolucionarias». En verdad, que quien quiera que respete la libertad, debe repudiar esa infame propaganda, que se decora con el título de *liberal*, mientras no es otra cosa que un jacobinismo autoritario é intransigente. Mienten cuando invocan

(1) El Dr. Daniel Martínez Vigil. Artículo publicado en *La Prensa* de Montevideo.

los ideales del liberalismo, porque este los repudia: tal es su descrédito!

Y así como para perseguir al Cristo se unieron Herodes y Pilatos, así el protestantismo, que tan buenas migas hace con el anticlericalismo, se asocia á este en la empresa de infamar á la Iglesia y perseguirla, de acuerdo con su intransigencia original; pues como dice el eminente historiador protestante Hallam: «La persecución es un pecado de origen que la Reforma lleva consigo, y tan repugnante que, á todo hombre honrado que estudie la historia, se le apaga cualquier entusiasmo que pudiera sentir por la Iglesia reformada. Y el ejemplo de los primeros protestantes ha sido imitado en todas las épocas de la historia». Y en efecto; los panfletos protestantes se semejan á los anticlericales, y entienden la libertad del mismo modo, para calumniar á la Iglesia.

Ved, pues, amados católicos, cómo es calificada esa propaganda furibunda é intransigente contra el catolicismo; y esto por autores liberales y protestantes, que no pueden comprender que sea liberalismo, ni amor sincero á la libertad, aplaudir las persecuciones religiosas, calumniar á la Iglesia, escarne-

cer sus doctrinas é infamar á sus representantes, que es lo que está presenciando nuestra sociedad, justamente escandalizada. Eso es abominable y criminal, al decir del autor citado, y como sin duda, lo juzgan así todas las personas sensatas; aunque más bien se dirigen á ese vulgo de que hablaba un célebre panfletista: «Mostrad ante el pueblo á los sacerdotes y religiosos como sospechosos y pérfidos; el vulgo ha tenido siempre una gran propensión por las calumnias: engañadlo, puesto que ama ser engañado.» ¡Qué oficio tan repugnante! (1)

Pero ¡qué le hemos de hacer! Cuando Jesucristo envió sus discípulos á desempeñar su misión de enseñar al mun-

(1) De acuerdo con esta consigna, sabemos que se distribuyen, especialmente en campaña, pasquines anónimos, concebidos en estos ó parecidos términos: «Alerta con los curas y cuidado con los misioneros, que vienen á quitaros vuestro dinero so pretexto de religión: no creáis á esos embaucadores. No os caséis por la Iglesia, ni bauticéis vuestros hijos: son imposiciones del fanatismo clerical». Parece imposible que tales pasquines puedan circular en un país civilizado, calumniando tan á mansalva á los indefensos ministros de la religión. Los sacerdotes administran gratuitamente los sacramentos, como todos lo saben; si perciben algún derecho arancelario, en algunos casos, de los fieles que no son pobres; es porque no pueden vivir del aire, ya que no reciten salario ni del gobierno, ni de ninguna asociación de propaganda. Por lo demás, los sacramentos son institución de Jesucristo y no invención de los sacerdotes. Pero ya estamos curados de espanto, pues sabemos que es achaque del jacobinismo anticlerical apelar á las pasiones de la muchedumbre, sin retroceder ante las insinuaciones calumniosas y embuscras. Está en su elemento y en su oficio: calumniar y mentir, que algo queda.

do, les previno: «Hé aquí que yo os envío como á corderos entre lobos». Recordad el apólogo del lobo y el cordero, y vereis cómo nuestros anticlericales, protestantes ó jacobinos, desempeñan perfectamente su papel.

Mas como Dios no permite el mal sino para sacar algún bien, esa peste de objeciones y calumnias contra la Iglesia, servirá, al decir de Gaume, para sacudir la indiferencia religiosa, decidir á los tibios, y hacer que los buenos pongan más empeño en defender á su madre tan soezmente calumniada, y que al fin, quede descubierta la maldad de sus enemigos.

Mientras tanto, la Iglesia no olvida su mansedumbre, y extiende también hasta ellos la compasión, que tuvo Jesús con sus propios crucificadores: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

Ah! ella quiere tener libertad para hacer el bien; pero, al verse perseguida injustamente, pide perdón para todos sus enemigos, porque sabe cuán dulce es sufrir con Jesucristo entre los brazos de la cruz, por la salvación del mundo. Sí; esa cruz es el lecho de los mártires y el carro triunfal de la Iglesia militante, por más que el mundo no lo comprenda.

En ella las palabras cambian de senti-

do y la gracia transforma las cosas: los sufrimientos son grandezas, los sacrificios conquistas, las lágrimas perlas de pureza, las espinas flores de inmortalidad, los lamentos gritos de victoria.

Cuando la tierra no vé más que una lamentable Pasión, la Iglesia está en vísperas de celebrar el mas brillante triunfo de la resurrección.

No lo dudéis; la Iglesia, que parece, desde hace diecinueve siglos, descender á la tumba todos los días, resucita también todos los días, á ejemplo de Jesucristo, de quien celebramos todos los años la gloriosa resurrección para consuelo de los que sufren persecuciones.

Los triunfos de la Iglesia

Cuando los judíos crucificaron al Cristo, creyeron que todo estaba terminado al sellar su sepulcro; pero llegó el tercer día, y resucitó, como lo había anunciado. Así la Iglesia: sus enemigos, después de crucificarla con toda clase de persecuciones é injusticias, dicen con grande alborozo: está muerta; pero como el Cristo se levantó del sepulcro el día prefijado, así la Iglesia, sale triunfante de las persecuciones el día señalado por la Providen-

cia: resucita, burlando la vigilancia de los sayones que guardaban su sepulcro. A los sufrimientos de la pasión siguen, pues, los consuelos de la victoria; y en efecto, los triunfos de la Iglesia son, como los ataques de que es objeto, la historia de todos los siglos.

La fuerza material y el espíritu no han cesado de coaligarse contra ella, y ella no ha cesado de vencer á la fuerza y al espíritu. Se cree siempre haberla colocado en la tumba; pero esta tumba, forjada por la imaginación, permanece siempre vacía. Y por cierto, no se sabe de qué sorprenderse más, si de la perpetuidad de semejante ataque, ó de la perpetuidad de tal victoria; el antiguo mundo contempló admirado este espectáculo, y el mundo moderno lo tiene aún bajo sus miradas estupefactas. Expongámoslo en ambos cuadros, y reconoceréis en esta resurrección, siempre antigua y siempre nueva, el triunfo permanente del Hombre-Dios y de su Iglesia: *Las puertas del averno no prevalecerán contra ella.*

Y en verdad, que así se ha verificado. No hay en el mundo más que dos fuerzas ó potencias; la de la materia y la del espíritu; la inteligencia y la fuerza bruta, la espada y la palabra.

Por ellas todo comienza, y también por ellas todo acaba. Divididas, se reparten el imperio del mundo: reunidas, no conocen ni obstáculos ni límites; todo cede ante ellas; es necesario inclinarse ante la autoridad de su cetro, ó desaparecer y abismarse en la nada. Pero contra la Iglesia, siempre han fracasado sus intentos y conatos.

En efecto; apenas nacida, la Iglesia vió conjuradas contra ella la fuerza y el espíritu, con un ímpetu y ardor que jamás se había visto. Los mismos judíos, que habían desplegado contra Jesucristo tanto poder y tanta astucia, que habían rodeado de guardias su sepulcro y sellado la piedra con el sello del Estado, procuraron sepultar en el silencio y en el olvido la Iglesia naciente. Se reunieron en asamblea al rumor de los milagros de Pentecostés: era el consejo de Estado de los escribas y fariseos. ¿Qué van á hacer de los apóstoles? La política prevalece desde luego sobre la fuerza, y les ordena que se callen, en lugar de predicar al pueblo: así no habrá ni escándalo, ni tumultos, ni discusiones.

Que no se hable más de Jesucristo, y todo concluirá; hé aquí la primera palabra de la política contra la Iglesia:

callad, no habléis, no enseñéis, no perturbéis las conciencias.

¿Callarse? bien podrán sellar, en nombre del Estado, sus labios como un sepulcro; la luz divina rompe estas indignas barreras y se esparce sobre Jerusalén.

El sanhedrín vuelve á citar á los apóstoles, los reprende por su inobediencia y los hace azotar con vergas; hé aquí el primer ensayo de la fuerza contra la Iglesia. Fuerza inútil! Inútil política! La Iglesia sale de ese sepulcro con ocho mil judíos convertidos, escolta inmortal de su primer triunfo.

Pero la señal está dada: á partir de este momento, no encontraréis ni inteligencia que se canse de atacar á la Iglesia, ya sea con la política ó la astucia, ya con la filosofía, la elocuencia, la crítica, esas mil formas del espíritu; ni brazo que se fatigue en flagelar sus espaldas sagradas, ni de verter su sangre divina. La elegante Atenas continúa la persecución del espíritu en ese areópago famoso, en donde San Pablo es acogido con risas, cuando les habla del Dios desconocido; la industriosa Efeso continúa la persecución de la fuerza, cuando se subleva á la voz de los fabricantes de ídolos, y expulsa en un motín á los apóstoles, culpables de haber disminuído su venta.

¡Risa inútil, inútil motín! La Iglesia no queda agobiada, ni por los desprecios y burlas, ni tampoco por las pedradas; testigos Dionisio y sus compañeros, que salen del areópago para predicar á Jesucristo; testigos los Efesinos fieles, á quienes San Pablo dirige una de sus más bellas epístolas; testigo la Grecia entera, que olvida, en menos de un siglo, el culto atrayente de los ídolos para cantar en la lengua de Homero las alabanzas del Cristo y de su Iglesia.

*
* *

Pero sigamos ahora á la Iglesia al pié del Capitolio. Miradla: se dirige á los esclavos, no con la espada en la mano, como Spartaco, sino con el Evangelio y la Cruz, diciéndoles: ya no hay esclavos! Dá un paso más, y vá á esperar al pueblo, al salir del circo, predicando la caridad á bárbaros refinados, que acaban de aplaudir á las pante-ras y á los leones repletos de la carne de los gladiadores; la pureza cristiana á corrompidos, á quienes la representación de los vicios no satisface, sino que piden verlos en acción sobre una escena vergonzosa de impúdicas desnudeces.

Ella se introduce también en las moradas de los ricos, cuyas costumbres, tertulias, banquetes y espectáculos son el horror de la naturaleza, y les anuncia que el reino de Dios no se consigue sino con la penitencia y la abnegación.

Ella va á sentarse sobre la cátedra de los filósofos, que se ocupan de reunir en la escuela ecléctica de Alejandría todos los errores del viejo mundo, esto es, las máximas del orgullo, del placer y del interés, y ella les dice: dejad este trabajo; desde ahora es necesario creer en la Redención; es necesario crucificar las propias pasiones y aceptar un programa de verdades sublimes, que se llama el *Evangelio*. Penetra, en fin, hasta en el palacio de los Césares; los degrada del rango de dioses, y les anuncia que todos los hombres son iguales é hijos de Dios.

—«Nó, responden con voz unánime los esclavos, el pueblo, los ricos, los filósofos y los emperadores; no queremos oírte: perecerás en nuestras manos.»

Y en efecto; la fuerza y el espíritu se conjuran para abolir lo que se llama en todo el imperio la *nueva superstición*. Celso y Porfirio atacan á la Iglesia en nombre de la filosofía y de la crítica; Tácito la condena, en nombre de la historia,

á ser considerada como la enemiga del género humano; Plinio empuña contra ella, ya la espada para matar á los cristianos que se obstinan en perseverar en su fé, ya la pluma para preguntar á Trajano, en una frase elegante, si ha obrado bien, ó si no debiera tener algún escrúpulo; pero los Trajanos son como los Neronos, cuando se trata de la Iglesia, tiranos y crueles.

La literatura, en fin, que deshonra á la Iglesia, no es mas que la expresión de la sociedad que la condena. ¡Pobre Iglesia! ¿Qué vá á ser de ella ante las furias del coloso romano que jura su muerte?

Y no creais que fueron simples guerrillas y durante algunos meses ó años. Nó; durante tres siglos se la persigue en las ciudades, en los campos, en los desiertos, en el fondo de las catacumbas. Para hacerla odiosa y excitar contra ella las furias del populacho, se le atribuyen todas las desgracias del imperio: si el Nilo no desborda, si tiembla la tierra, si el fuego ó el rayo destruye un templo ó un teatro, al instante el grito de: *los cristianos á los leones*, sale de todas partes y provoca los mas terribles suplicios.

Ni la edad temprana y débil, ni el

sexo más tímido, ni la edad más avanzada, ni el vigor de la juventud, que podría servir bajo las águilas del imperio, ni los cabellos que emblanquecieran en el pretorio, ni los brazos cargados con todos los honores militares, nada encuentra gracia ni perdón ante los tiranos. La superstición queda, pues, abolida, dicen, después de tres siglos de matanzas y de horrores nunca vistos; y tan seguro lo tenían, que para celebrar el hecho, Diocleciano hace acuñar medallas y erige una columna, por temor de que el recuerdo de esta fácil victoria no se extinga de la memoria de los hombres. Se ha encontrado la inscripción y se la puede citar: data del año 290; y lleva estas palabras: «*Christiano nomine deleto*: Por haber sido abolido el nombre cristiano.» Oh! señores del mundo: habéis podido dejaros engañar por la adulación; pero mirad: es el paganismo el que se derrumba, mientras la Iglesia es la que triunfa! La Iglesia, en efecto, diez años después de la muerte de Diocleciano, sale de las catacumbas, llena en un instante el mundo entero, y vá á sentarse, con la frente ornada de cicatrices y de victorias, sobre el trono de los Césares convertidos. ¡Qué resurrección, qué vida, qué esplendor,

qué grandeza! Bastaría esta sola prueba para demostrar que la Iglesia es invencible en su Pasión, que nadie y nada puede vencerla, y que el triunfo momentáneo de los tiranos de todas clases, sirve para hacer más espléndida la victoria y la divinidad de la Iglesia.

«Oh, muerte ¿dónde está tu victoria, dónde tu aguijón? *O mors, ubi est victoria tua, ubi stimulus tuus?*» (I. Cor. XV. 55.)

Y antes de pasar adelante, se nos ocurre una reflexión aplicable á nuestra época: los romanos perseguían á la Iglesia (¿quien lo creyera?) por la imputación de que era una secta *supersticiosa, enemiga del género humano, inmoral y causa* de las desgracias y ruina del imperio! Y sin embargo eran imputaciones calumniosas, hechas á santos y mártires, y la Iglesia iba á ser la salvación única de aquella sociedad decadente. ¿No sucede hoy día lo mismo con las imputaciones que se hacen á la Iglesia por el jacobinismo? Mas aún; el imperio romano había declarado la libertad de todos los cultos, colocando en su Panteón á los dioses de todos los pueblos; y sin embargo, niega esa libertad á la Iglesia, como si las otras religiones fuesen verdaderas, menos la

cristiana. Y hé aquí lo que hace el jacobinismo moderno con la Iglesia, á pesar de la tan pregonada libertad de cultos. Véase, pues, que todos los enemigos se semejan, cuando se trata de perseguir á la Iglesia.

*
* *

Pero la Iglesia debía ser probada por los combates de la heregia. Esta, en efecto, atormentó á la Iglesia en el siglo IV, con un furor rayano del delirio de la impiedad: negaba la divinidad de Jesucristo. Arrio subleva contra la Iglesia el orgullo del espíritu, y el emperador Valente presta á Arrio el apoyo de la fuerza. La persecución recomienza bajo otro nombre; pero los medios son siempre los mismos: son errores y escritos que torturan el alma, son suplicios que afligen los cuerpos. La Iglesia parece que va á perecer, y el mundo, admirado y sorprendido, se despierta arriano. ¡Una ilusión más, y otra profecía mentirosa! La fé de Nicea engendra doctores, como había engendrado mártires en las catacumbas.

Hilario la defiende en Occidente, Atanasio en Oriente, los Papas en el universo entero: las sombras de la heregia

se disipan como la noche ante la claridad del día, y la Iglesia sale otra vez de la tumba, toda resplandeciente de gloria y de inmortalidad. Pero si el arrianismo ha perecido ¿qué otra heregía podrá prevalecer contra la Iglesia, pues llegó el momento en que todo el mundo pareció arriano? Era una lección para los futuros heresiarcas y una prenda de seguridad para los creyentes. El error y el mal no prevalecerán!

Después del arrianismo viene la persecución de Juliano el Apóstata.

Este emperador había observado que la Iglesia hacía progresos con la persecución y las matanzas, y toma el partido de perseguirla por el espíritu con una refinada tiranía, que preludiaba el siglo de Voltaire. Los cristianos son expulsados, tanto de las escuelas, como de los puestos públicos: Luciano los ridiculiza en sus diálogos y el emperador en sus cartas: que les baste tener por historiadores, por oradores y poetas á Mateo, Marcos, Lucas y Juan; quería sepultarlos en la noche de la ignorancia.

Cuando los cristianos se quejaban de las injusticias con ellos cometidas, negándoles todo derecho y privándolos de sus bienes, se les contestaba que

más bien debían dar gracias á sus perseguidores, porque así les proporcionaban la ocasión de padecer por el nombre de Jesucristo. He aquí la mofa unida á la injusticia.

Y tales eran las iniquidades cometidas, que sus perseguidores proclamaban á voz en grito que la Iglesia iba á morir, teniendo ya contados sus días.

¡Qué vieja es esta amenaza de la impiedad! Pero si San Agustín se reía de ese pronóstico, fundándose en la promesa del Cristo, no comprendemos cómo no se avergüenzan de repetirlo desde entonces con enojosa vulgaridad sus perpetuos adversarios. Y ¿no es ridículo que se repita aún hoy día después de diecinueve siglos por el moderno jacobinismo liberal? Nó; los que pasan y mueren son sus perseguidores.

Así, mientras el apóstata se aplaudía por su obra, preguntando un día á un cristiano, con la ironía en los labios: *Y bien ¿qué hace el Galileo (Jesús)?— Abre una tumba*, contestó el interpelado. Era la tumba de Juliano, que muere pocos meses después herido por una flecha, exclamando: *Has vencido, Galileo!* Otro triunfo, otra resurrección más: San Ambrosio y San Gerónimo, San Agustín y San Basilio, se unen para

cantarla en el concierto armónico de la Iglesia griega y de la Iglesia latina; San Crisóstomo los sobrepuja á todos; y el siglo en que Juliano quiso anonadar al cristianismo bajo el sello de sus decretos, que le imponían la ignorancia, debe al cristianismo obras maestras de elocuencia, de filosofía, de historia y de poesía.

Mas tremenda quizás fué la convulsión universal causada por *la invasión de los bárbaros*. Las iniquidades del pueblo romano y su corrupción, exigían un castigo social. En efecto; ya se sienten los pasos de esas hordas de bárbaros que inundan el imperio bajo tantos nombres y tantas formas. Su paso sobre la tierra es como la traza de la cólera celeste; venidos de todos los vientos, los unos sobre carros groseros, los otros sobre rápidos corceles, con los caracteres más opuestos, las costumbres más diversas, las lenguas más variadas, tienen todos ellos un instinto común, el instinto de la destrucción. Al embarcarse Gensérico, le preguntan: «Señor, ¿á qué pueblos quieres llevar la guerra? — A aquellos contra quienes Dios está irritado». Alarico es detenido por un ermitaño: «Déjame, le responde; uno, que es

más fuerte que yo, me empuja á saquear á Roma». Atila decía de sí mismo: «La estrella cae, la tierra tiembla; yo soy el azote de Dios».—Oh! Iglesia santa ¿dónde estás tú? No se contemplan más que masacres, incendios, destrucciones, ruinas humeantes, escombros acumulados. Sin embargo, la fuerza bruta, que todo lo ha destruído, no ha podido destruir á la Iglesia, que va á cubrirse de gloria inmortal, haciendo á la sociedad y á la civilización el más grande de los beneficios que registra la historia. La Iglesia se levanta en medio de esas naciones que acampan sobre cadáveres acumulados; viene con su cruz regeneradora, y lavando en sus aguas misteriosas la sangre con que estaban cubiertos los bárbaros, comienza la prodigiosa y admirable formación del mundo cristiano. Viviendo en medio de ese mundo bárbaro y jóven, engendra en su corazón bravío é indómito las nobles pasiones, reanima la humanidad con un soplo poderoso, y la hace pensar, hablar, obrar, no según la naturaleza salvaje y caída, sino según la gracia regeneradora del Evangelio. ¡Gloria á la Iglesia! debe exclamar todo corazón generoso, porque ha resucitado de entre las ruinas y los muertos, y ha resucitado al mundo

con ella. Era la prueba de la barbarie contra la Iglesia, después de la prueba de la corrupción del imperio romano; pero la Iglesia todo lo supera: nadie y nada prevalecerá contra ella.

*
**

Apenas la Iglesia había acabado esa obra maravillosa de la conversión de los bárbaros, que ya la encontramos en lucha con otra fuerza, auxiliada por todas las seducciones del espíritu y de la carne. A principios del siglo VII, un hombre se levanta en Arabia de en medio de su tribu, indignado de ver hasta trescientos sesenta ídolos en el templo de sus mayores, la Meca. Entonces, inspirándose en Moisés y Abraham, el descendiente de Ismael exclama: *¡solo Dios es Dios!* Después, habiendo pasado un tiempo en las soledades de una caverna, sale de ella con un sable en una mano y el Coran en otra, y dice: *Mahoma es el verdadero Profeta. ¿Qué es el Coran?* Algunas hojas de la Biblia, algunos trozos del Evangelio, tejidos á su manera; pero estos grandes recuerdos bastan á Mahoma para fascinar los pueblos del Oriente é infundir en sus pechos el fuego de la conquista armada.

El Asia menor, el Africa, la España son conquistadas; la Sicilia sucumbe, la Italia es amenazada; los Pirineos son franqueados; y siguen las conquistas, pues Mahoma sueña en la conquista del mundo. Pero la Iglesia los detiene en Poitiers, como los detendrá mas tarde en Granada, en Lepanto, en Navarino, levantando ocho veces contra los descendientes de ese hombre nefasto la ola de las cruzadas, haciendo retroceder la sombra de la medialuna donde quiera que se ha extendido, y resucitando donde quiera que ella misma pareció haber muerto.

Fué Carlos Martel quien ganó para la Iglesia su primera batalla contra los musulmanes; y vemos crecer con él una jóven dinastía entre laureles de gloria.

Por excepción á las leyes generales, que no admiten la herencia del genio, Carlos revive en un hijo tan grande como él, Pepino; y Pepino en Carlomagno, mas grande todavía que su padre y que su abuelo.

Carlomagno vió al Papa reinar en Roma, así por el ascendiente moral que le daba su dignidad, como por la necesidad que había hecho de él el tutor del pueblo, porque este pueblo estaba abandonado. Dijo entonces en su gran

corazón de cristiano: «Este lugar no es del hombre sino de Dios, es de la Iglesia.» Y acabó de perfeccionar la obra de la piedad de los pueblos y de las donaciones de los reyes sus abuelos, ó digamos mas bien, que él terminó la obra de la Providencia y constituyó definitivamente la cristiandad, asegurando al soberano Pontífice un lugar incontestado entre los resortes del mundo: asaz grande para la libertad, demasiado pequeño para la dominación; el menor de los tronos, si se considera el número de súbditos; pero el mas necesario, si se consideran las razones providenciales que lo han fundado y los intereses sagrados que representa.

Nó; no conocemos para la civilización del mundo un día mas grande en la historia, que aquel en que el vencedor de los Sarracenos, de los Sajones y de los Lombardos, de rodillas en las gradas de San Pedro de Roma, con la diadema en la cabeza y la mano sobre el Evangelio, pronunció á los pies del Papa Leon III, que acababa de coronarlo emperador, el siguiente juramento: «En nombre de Cristo, delante de Dios y del bienaventurado Pedro, juro y prometo que seré el defensor y protector de la santa Iglesia romana...»

Era el 25 de Diciembre del año 800; y en esta fecha, única en la historia, el mundo antiguo acabó, y comienza el mundo modernó. Y ¡qué fortuna para la civilización el haber caído en manos de la Iglesia! Mirad lo que hubiera sido bajo la égida del mahometismo; yace como un cadáver en las orillas del Bosforo.

Pero Carlomagno vá á descender á la tumba; su imperio y su raza le seguirán; la carta del globo será rota, rehecha y modificada por muchas manos; la Francia volverá á su cuna antes de constituirse definitivamente en monarquía; la Inglaterra no es aún mas que una marisma habitada por los Sajones y los Anglos é invadida por los Daneses; la España cristiana, invadida por los Sarracenos, no tiene mas que montañas por asilo y cabañas por reino; todo lo que existe vá á cambiar de nombre, de límites, de señores, de leyes. Solo la Iglesia permanecerá; y cuando mil años despues, buscamos lo que queda de esas conquistas, de esos pueblos, de esas lenguas ¿qué es lo que vemos por encima de tantas naciones, cuyas mismas ruinas han desaparecido? El Papa de esa misma Iglesia, soberano del mundo moral y religioso. Tenía razón el historiador Macaulay en afirmar, en nombre

de la historia, que el mundo no ha contemplado jamás una obra política mas admirable por su duración y estabilidad inquebrantable, y que, según todas las previsiones, la contemplaremos aún en pie cuando algunos peregrinos de la Nueva Zelandia vengan á contemplar desde el puente roto de Londres las ruinas de San Pablo, la catedral del anglicanismo.

*
* *

No os sorprendais si, desde las primeras páginas de los anales modernos, nos encontramos con la Iglesia como blanco de las persecuciones de la espada y de la palabra; pero siempre llena de gloria al frente de la civilización de los pueblos.

Está visto: las lecciones de la historia no tienen eficacia para las pasiones sectarias. Si nó ¿quién no estaría convencido ya de que es inútil perseguir una institución que es invencible, y superior á toda clase de persecuciones y rémoras, esto es, que es divina, porque solo se sostiene por una promesa divina: *no prevalecerán contra ella*; y nó por los auxilios humanos? Mas parece que el destino de la Iglesia es proporcionar á

los malos grandes esperanzas, para probar así la fé de los buenos; y de reanimar por victorias inesperadas las esperanzas de los buenos para desconcertar los proyectos de los malos.

Apenas las naciones modernas se habían constituido en Estados, salidos de los despojos de Carlomagno, que recomienzan ya los peligros y las victorias de la Iglesia. No haremos mas que apuntarlos, limitándonos á los rasgos principales de la historia.

Jamás la Iglesia pareció mas próxima de su ruina que en los siglos llamados de hierro, el X y XI, en que la Santa Sede fué el juguete de las facciones de los señores feudales; pero Dios suscitó á San Gregorio VII, el intrépido vengador de la libertad de la Iglesia, de la santidad del sacerdocio y del matrimonio, y el triunfador de la fuerza moral contra la dominación despótica que deseaba restablecer en el mundo cristiano el despotismo de los antiguos Césares. No es posible describir la energía indomable con que luchó contra los enemigos de la Iglesia y de la sociedad san Gregorio VII; hasta que al fin asediado en el castillo de San Angel, libertado por Roberto Guiscard, y llevado á Salerno, va á terminar sus

días en tierra extranjera, y, levantando la voz por última vez, dice en medio de la Iglesia cubierta de duelo: «Yo he amado la justicia y odiado la iniquidad; hé aquí porqué muero en el desierto». Así murió el hombre mas grande de su época, al decir del historiador Voigt; pero pocos años después se vió cumplir todo lo que había emprendido ó inspirado. El celibato eclesiástico es observado con mas rigor, la simonía desaparece, el imperio renuncia á las investiduras, el despotismo cesáreo queda quebrantado; comienzan las cruzadas, empresas que no han tenido semejante por sus benéficos resultados para la civilización, al decir de M. Guizot; y un nuevo espíritu anima y rejuvenece todo el cristianismo: la Iglesia ha resucitado!

Dejad á la muerte que triunfe por un momento: el Hijo del hombre ha pasado tres días en el seno de la tierra; pero el *Crucifigatur* del viernes no impedirá jamás que resuene el *Alleluia* del domingo. La Iglesia se consuela con estas muertes aparentes, porque ella tiene el secreto de esas resurrecciones que no cesan jamás. Así que Federico Barbaroja crée cuatro antipapas, que se haga coronar por sus manos sacrilegas y do-

mine desde lo alto del Capitolio la ciudad y el mundo, sabrá muy pronto que, según la frase del poeta, la roca tarpeya está muy cerca del Capitolio.

Al día siguiente, un rayo de sol, tan vivo como mortífero, cae sobre su ejército triunfante, se declara la peste, la muerte se cierne sobre todas las cabezas y es necesario partir. Al cuarto día, Federico se aleja y llega á la alta Italia; pero esta se subleva y es necesario huir. Repasa los Alpes y entra en Borgoña bajo el traje de un lacayo, con treinta hombres por ejército. De los cuatro antipapas, que se habían sucedido bajo esta vergonzosa protección, dos habían muerto, los otros dos se someten á penitencia, y el gran Alejandro III, el pontífice legítimo, es reconocido en todo el universo por Vicario de Jesucristo. La Iglesia, que parecía muerta, ha resucitado!

*
**

Los siglos se suceden; pero las pruebas permanecen las mismas. El emperador Federico II, más mulsumán que cristiano, ha jurado la ruina de la Iglesia; desola sus dominios, crucifica á sus habitantes, aprisiona y encadena á

los obispos, asedia á tres papas en el castillo de San Angel; los legistas asalariados, que le sirven de secretarios, alaban su grandeza de alma; todo está preparado para la cautividad de San Pedro y la servidumbre del mundo. Pero Inocencio IV se evade, llega á Lyon, convoca un concilio universal, excomulga y depone al emperador con el asentimiento unánime de la cristiandad. El culpable se debate en vano durante cinco años contra los efectos de la terrible sentencia; pero Dios le castiga en su persona, en la de sus cómplices y en su raza. El imperio que sus mayores poseían desde dos siglos, después de haber sido, durante veintitres años de interregno, objeto de todas las ambiciones, pasa en fin, á otra familia; los reinos y las provincias, que había adquirido al precio de tanta sangre, considerados desde entonces como sucesiones vacantes, recobran su independencía ó elijen á otros señores; la Italia respira, el mundo se salva y la Iglesia, después de una de las más duras pruebas, resucita.

¡Dios santo! ¿No bastarán estas lecciones? Nó; en el siglo XIV vemos al célebre inglés Guillermo Occam, condenado por la Iglesia á causa de sus perversas doctrinas, jurar la ruina de la Igle-

sia, y presentarse al emperador Luis de Baviera, diciéndole: «Príncipe, yo os traigo el auxilio de mi pluma, préstame tú el de tu espada.» Hé aqui otra vez más la fuerza unida al espíritu. Los panfletistas alemanes y los legistas italianos vienen á apoyar al filósofo inglés. El Papa Juan XXII es apellidado el *Anti-Cristo, el heresiarca, el dragón de las siete cabezas*.

Marsilio de Padua formula las máximas del despotismo imperial; y al mismo tiempo imagina un Papa dependiente del emperador en lo espiritual como en lo temporal; concilios convocados por el César, obispos instituidos y juzgados por su voluntad; una religión encadenada á sus leyes arbitrarias. El emperador llega á Roma; depone á Juan XXII, crea un antipapa, y el intruso lo corona en el Capitolio: parece consumado el despotismo, más que romano, y la Iglesia esclavizada para siempre. Más, ¡qué prodigio! No había terminado aún el día nefasto, que una mano atrevida fija en las puertas del Capitolio la sentencia de excomuni6n: desde este momento, todo lo abandona; se rehusa pagar el impuesto, los soldados desiertan del ejército, sus partidarios huyen, su antipapa se convierte; Marsi-

lio de Padua muere de abatimiento, de fatiga y de hambre; el emperador, poseído de terror, y deshecho sin combate, va á ocultar al fondo de Alemania su vergüenza y sus proyectos: el mundo saluda otra vez á la Iglesia victoriosa, resucitada ¡aleluya!

Pero ¿qué no ha hecho la política al servicio de la impiedad, para dar muerte á la santa Iglesia? La perfidia de Felipe el Hermoso la colocó, si es posible, más próxima de su pérdida, en una prueba de las más prolongadas. ¿No semejaba para ella una verdadera tumba su destierro en Aviñon, en donde durante setenta años, la política y las revoluciones encadenaron á los papas, lejos de los altares de los santos Apóstoles, del centro de la cristiandad y del trono elevado por los siglos á los sucesores de San Pedro?

Y lo que fué más terrible, durante esta cautividad nacieron los gérmenes del gran cisma de Occidente, que divide la cristiandad en dos obediencias; las tinieblas se hacen más densas. ¿En dónde está el Papa? ¿En dónde la Iglesia? ¿Quién juzgará la cuestión? Los mismos santos se dividen, los concilios discuten; el terrible problema parece estar resuelto un momento; pero

nacen nuevas discordias y lo complican más aun, hasta que, en fin, del Concilio de Constanza sale el papa Martín V, único y legítimo Pontífice, que disipa todas las sombras, sube al trono de San Pedro, y hace ver al mundo la Iglesia fortalecida, venciendo tan terrible prueba, y de nuevo, resucitada! ¿No bastan ya de pruebas para demostrar que es imperecedera y superior á todos los ataques, violencias y persecuciones? Nó; porque sería necesario suprimir las pasiones políticas y religiosas.

*
* *

La reforma protestante del siglo XVI no estaba lejos. Oh! dolorosa prueba de tristes y odiosos recuerdos! La pluma de la reforma ha destilado durante cien años el mas letal veneno sobre la Iglesia de Jesucristo.

La imprenta fué su fortuna, porque le prestó sus prensas nacientes; Lutero, su fogosa elocuencia; Calvino, su dialéctica y feroz tiranía; Teodoro de Beza, sus insinuaciones halagadoras y pérfidas; Erasmo, su erudición satírica y sospechosa; Rabelais, su imaginación inagotable; Marot, sus rimas populares. ¡Qué torrentes de injurias y de odio con-

tra la Iglesia, el Papa, el sacerdocio, los misterios, los sacramentos, las indulgencias, el culto de la Virgen y de los santos!

Pero mientras la tinta acibarada desborda, la sangre corre por todas partes; peores que los bárbaros y que los romanos del tiempo de Neron y Diocleciano, añadían al odio y á la injuria, la matanza, el incendio y la destrucción; y el Evangelio *puro* que predicaban, consistía en imponer sus errores á sangre y fuego, como los satélites de Mahoma; y decían que este era preferible al Papa.

De este modo consiguieron que la mitad de Suiza reconociese á Zwinglio por legislador y amo; que los Valdenses reapareciesen en el Delfinado y en la Provenza; que Socino infectase la Polonia con un nuevo arrianismo; que Enrique VIII, hasta entonces reputado defensor de la fé, dejándose arrastrar de las pasiones que perdieron á Salomón, arrancase la Inglaterra á la Santa Sede con hecatombes de clérigos y fieles. Con igual ferocidad rompen Suecia y Dinamarca los lazos de la unión con la Iglesia; y la Francia, dividida entre la reforma y la fé, se debilita con inútiles coloquios, y vierte en guerras de religión la sangre de sus hijos. Un mar de sangre cubre la mitad

de la Europa y llena los anales de todo un siglo. Según refiere el historiador protestante Colhagam, la Reforma semejó una invasión de bárbaros, arrasando y arruinando en guerras fratricidas las naciones civilizadas.

Oh! Iglesia santa, ¿será esta la tumba de tu gloria, y no habrás vivido tantos siglos sino para morir sobre este nuevo calvario? Nó; la Iglesia no morirá, porque no puede morir; de lo contrario hubiese muerto anegada en sangre y abrasada en incendios de odio y de fuego. No morirá. ¿Es acaso el suspiro de un moribundo el que engendra al mismo tiempo los Ignacios, los Javier, los Felipe Neri, los Borromeos, los Pío V y Sixto V? ¿Es una fé que se extingue la que se esparce á un mismo tiempo por las Indias, el Africa y el nuevo Mundo? Y si vais á escuchar las deliberaciones del Concilio de Trento, vereis cómo la Iglesia sale justificada y brillante de porvenir, de esas solemnes asambleas. Y mientras el protestantismo fué un evidente fracaso, pues en vez de reformar á la Iglesia, como pretendía, la descompuso y fraccionó en mil sectas, de manera que en el seno de aquel ya no se sabe en qué consiste el cristianismo, pues se ha convertido en un caos de opinio-

nes contradictorias; la Iglesia católica, á fuer de verdadera Iglesia de Jesucristo, ostenta en sus manos el código de los cánones que reglan los puntos controvertidos de la fé, y el de los decretos, que restablecen por todas partes la disciplina.

La gerarquía eclesiástica con su Jefe supremo el Papa, queda solemnemente organizada; los claustros se reforman; los seminarios comienzan; los hospicios se pueblan de vírgenes para servir á los pobres, y las escuelas de maestros para enseñar á la juventud; todo el pueblo está seguro de recibir en la predicación del Evangelio una palabra vivificada en las Escrituras; y en la distribución de los sacramentos una gracia eficaz por sí misma, aunque hecha mas abundante por la pureza rejuvenecida de los ministros que realizan los ritos.

La Iglesia ha triunfado, y la pretendida Reforma ha llegado al último extremo de descomposición, hasta negar muchas de sus sectas la divinidad de Jesucristo y la necesidad del bautismo, que es como decir, á dejar de ser cristiana. (1)

(1) Para comprobarlo basten estos dos testimonios: el profesor luterano Schodde dice que en el protestantismo «la tendencia

Pasemos en silencio el jansenismo, esa heregía desleal que, apesar del veneno de su pluma y el apoyo del brazo secular, jamás osó atacar á la Iglesia de frente, ocultándose como una serpiente en sus entrañas. Se la puede olvidar en medio de las glorias religiosas del gran siglo XVII, porque los silbidos de esa culebra no pudieron impedir que la voz de Bossuet se elevase con una autoridad increíble, dominando de un extremo al otro de Francia todas las voces de nombradía. Más no tardó en fraguarse la persecución del filosofismo valteriano y de la revolución.

Escuchemos desde luego, el ruido de impiedad que Fenelón sintió el primero, y que Massillon señaló á Luis XIV con mayor inquietud. Se cambia poco á poco, en el siglo XVIII, en un trueno espantoso, que engruesa cada día más. La filosofía, al principio incierta y discreta, des-

de reconstrucción del cristianismo se funda en nuevas bases, entre las cuales se cuenta el negar la inspiración de la Biblia, la divinidad de Jesucristo, su misión divina, sus milagros, etc.» Todo esto es indicio manifiesto de que el protestantismo no es más que puro racionalismo, y no es necesario ser profeta para predecirle un funesto desenlace. Más esplicito es el furibundo presbiteriano Mr. Laing: «La cuestión religiosa, escribe, no tiene más que una de estas dos soluciones: ó se abrazau al catolicismo, con todos sus errores, supersticiones é idolatrías (*sic*), ó se cae en la incredulidad... La influencia de las ideas religiosas en la vida y costumbres del pueblo no se nota en parte alguna, si no es entre los adeptos de la Iglesia católica romana.» —(El *Independent*, 1894), Núm. 7.

pués burlona y atrevida, se quita la máscara y no tiene límites ni reparos. Un día es atea, al otro deísta, materialista las más de las veces, pero siempre excéptica; todo lo helaba, hasta sus propias inspiraciones, pues tan superficial y burlona era su mirada; todo lo ajaba y marchitaba, hasta lo poco bueno que mezclaba con tanto malo, pues tan impuro era su soplo. Incapaz de inventar un error, como de descubrir una verdad, afectando la ciencia, sabiendo mal, pobre de razones, pero pródiga en injurias, negaba los misterios, despreciaba las leyes divinas, desencadenaba las pasiones y se vanagloriaba de reformarlo todo, cuando se preparaba para destruirlo todo. No era una opinión, sino una secta, ó más bien dicho, un ejército. Voltaire era su jefe, relevado por veinte subtenientes; tiene por cómplices á ministros: Choiseul en Francia, Aranda en España, Tanucci en Nápoles, Pombal en Portugal; reyes por prosélitos: Federico II de Prusia, José II de Austria y Catalina II de Rusia, y él mismo es el rey de su siglo. A esta gran conspiración del espíritu de incredulidad, los historiadores aportaron sus viejos errores, aunque cien veces refutados; los exploradores-viajeros, sus descubri-

mientos, aun sin control; los matemáticos, su popularidad naciente; y los enciclopedistas, validos de la novedad, compendiaron en una obra única todos los sofismas que pudieron encontrar contra la religión, por más que fuera el primer ensayo de una enciclopedia. Las bellas artes acabaron de corromperse, la poesía rasga los últimos velos del pudor, y Rousseau hace dudar si la virtud es necesaria á la elocuencia.

Francia, la nación cristianísima, prestaba á esta guerra hecha á la Iglesia, todo lo que tiene de atrayente, de comunicativo y de contagioso en su lengua y en su carácter. Gracias á ella, la incredulidad se manifiesta é infiltra en todo y toma todas las formas, esquivando la refutación con la burla y el sarcasmo, sumamente cambiante para poder ser tomada en serio, y muy banal para poder ser combatida con argumentos graves; de manera que no se vieron claramente sus progresos sino cuando habia terminado su obra.

La Iglesia era acusada, ya de debilidad, de complicidad ó de ceguera; ya de intolerancia y de exageración. Se ahogaba la voz del púlpito, y se quejaban de que permanecía muda; se calumniaban las virtudes del claustro para

darse el maligno placer de deplorar su ausencia; y cuando el venerable Cristobal de Beaumont, arzobispo de París, condenó el *Emilio*, los libre-pensadores reprochaban al prelado el haber hablado, como mas tarde se admiraron de que otros se hubiesen contentado con gemir. La impiedad ahogaba todas las voces de protesta con el sarcasmo, el ridículo y la calumnia.

Pero después de los sofismas vinieron los verdugos; y todos esos reyes, que daban banquetes á la filosofía volteriana, oyeron un día que la cabeza del rey de Francia había caído bajo el hacha revolucionaria. Quisieron dar un paso atrás; pero el Terror no retrocedió; mató en confuso delirio á los gentiles hombres, nobles damas, humildes plebeyos, sacerdotes, soldados, magistrados, poetas y sabios: anegó en esa sangre las imágenes, estatuas y altares; declaró la superstición (la religión) abolida en Roma y en París; no contenta con haber despojado al Papa Pio VI de sus Estados, puso sobre su persona una mano sacrílega; lo arrastró de prisión en prisión á Siena, á Florencia, á Turin, á Briançon, á Grenoble, á Valencia, é iba á transportarlo á Dijon, cuando la muerte libró, el 29 de Agosto de 1799, al que

llamaban por irrisión *ci-devant pape!* «Este es el último papa, exclamaban los impíos con voz unánime, y es Valencia la que ha visto los funerales de la Iglesia.» Tan seguros estaban de su propio triunfo; y tenían razón humanamente hablando.

Transportémonos á ese momento solemne: jamás la prueba ha sido ni más terrible ni mas decisiva. Sí, como lo dicen sus enemigos, la Iglesia no es más que, una institución humana, que tiene por único apoyo la política de los soberanos, acabóse la Iglesia, porque la realeza acaba de abismarse en el cadalso con la sangre de Luis XVI. Si el poder de la Iglesia no es más que la usurpación de un sacerdocio, enriquecido de edad en edad por la piedad de los pueblos, todo lo que los sacerdotes adquirieron de los fieles está hoy perdido y confiscado. Si el Jefe de la Iglesia no es más que un pastor mercenario, ó el guardian adormecido de un viejo sistema de superstición y de error, perpetuado de generación en generación por el efecto de la ignorancia ó por la fuerza de la costumbre, la ocasión es la más propicia para acabar con el Papa. Roma está en manos de Francia revolucionaria, el sacro colegio de Car-

denales en dispersión: todo ha acabado; no hay más que restablecer la inscripción de Diocleciano, cambiándole la data solamente; este será el epitafio de la Iglesia: «A la superstición abolida el año del mundo 1800, y el 8.º de la república francesa: *Christiano nomine deleto!*»

Pero, ¿qué! mientras la sociedad se hunde en el abismo del ateísmo, el cónclave se reúne en Venecia; Pío VII sucede á Pío VI y toma el camino de Roma. El jóven general Bonaparte, conquistador del Monte Tabor, sabe esta nueva al entrar en Francia, y apenas ha recogido los escombros del mundo derrumbado, del que sueña formar su imperio, reabre los templos, rehace los altares, y él mismo se arrodilla á los piés del Papa para recibir de su mano la unción de los reyes.

¡Qué espectáculo sorprendente é inaudito! Procurad separar y distinguir en la vieja sociedad convertida en polvo, lo que subsiste de lo que ya no es, y lo encontraréis sin trabajo: los hombres, las instituciones, las costumbres, las leyes, las dinastías, todo ha perecido, arrollado por el torrente devastador; solo la Iglesia ha resucitado.

¿No os parece admirable semejante

prodigio de invencible energía y vitalidad en la Iglesia? Pero, si se necesita una nueva lección, el mundo no tardará en recibirla. Entre los compañeros de armas del vencedor de Marengo hay quienes sonríen con desdén, al ver renacer lo que ellos apellidan la superstición ó la hipocresía. Otros, que se creen más profundos, suponen ser cálculo político un acto que ellos no comprenden ser la expresión de una necesidad real y de una fé sincera; otros solo toleran que se haga de la Iglesia una máquina de gobierno, y del sacerdote un instrumento de reino. Mas, esperad..., su miserable cálculo no alcanzará á diez años de éxito. Y, para que quede bien demostrado que el mismo Napoleón no ha sido más que el instrumento en manos de Dios, la gloria lo embriaga, la ambición lo alucina, comete contra la Iglesia y contra el Papa las mismas faltas que había criticado y castigado en los demás; encadena en el fondo de un palacio la libertad de Pío VII, arranca de la mano del ilustre cautivo la firma del concordato de Fontainebleau, y cuando todo parece haberse sometido, cuando su voluntad va á ser, en el orden temporal y espiritual, la ley del mundo, todo cambia de aspecto; Napoleón cae

y Pío VII se levanta; Fontainebleau no ha sido más que una prisión; pero Santa Helena es un sepulcro. La Iglesia toma otra vez el camino de Roma por encima de sus enemigos humillados; y la que apellidaban la superstición sepultada, ha resucitado de nuevo.

*
**

Pero muy bien sabemos que el espíritu y la fuerza son incorregibles: está visto; pues, á pesar de tanta experiencia y de tantas desgracias, continúan maquinando los mismos complots, y pronosticando las mismas ruinas. Y ¿hasta dónde no llega el delirio de los escribas, que agitan desde el fondo de su gabinete los destinos de las naciones? El sello divino que entreven, á pesar suyo, sobre la frente de la Iglesia, los ofusca é irrita mas que nunca; en lugar de reconocer un hecho y una verdad tan evidentes, gritan mas alto, para ensordecer á las turbas, escriben con mayor vértigo, aumentan el número de sus diarios y revistas, les atribuyen nuevos ideales y direcciones, y varían casi al infinito los ardides, artificios y astucias. En unos se ataca á la Iglesia en nombre del *siglo*, como una institución retarda-

ria; en otros, se le prodiga, en nombre de no se qué *opinión ilustrada*, las amenazas y las injurias, diciéndole con el cinismo de Diógenes á Alejandro: *retírate de mi sol*. Hay quienes, en vez de maldecir, toman la actitud arrogante del desprecio, fingiendo no hacer caso de la Iglesia, como se olvida una cosa ya juzgada y condenada, y que, haciéndose los intérpretes del tiempo, de la ciencia y del porvenir, declaran que la Iglesia ya no merece siquiera los honores de la crítica; y para disculpar su ignorancia en filosofía de la historia sobre los problemas religiosos y destinos del cristianismo, dicen que no hay que preocuparse de tal cosa, porque la ciencia ya no admite sino la moral independiente. Añejos sofismas reiterados hasta el fastidio, pero sin que impidan que la Iglesia continúe de pié, serena y magestuosa.

Sin embargo, estos escribas, que sufren obseciones satánicas, levantan de cuando en cuando los ojos para ver si la Iglesia no ha sucumbido aún, porque, en fin, alguna duda les queda sobre la seriedad de sus propias bravatas contra la religión. Ah! bien lo sabemos: consideran el ruido colosal, que ellos mismos meten, como señal de su próxima

victoria, y procuran engañar con himnos de triunfo el fastidio de una expectativa tan larga y con tanta frecuencia desmentida.

No les exijais que lean la historia para considerar el espectáculo de tantos combates sostenidos y superados por la Iglesia, y de tantos triunfos obtenidos sobre sus enemigos. ¿Qué les importa el pasado con sus prodigiosas lecciones, si ellos son hijos de su imaginación enferma é incrédula, que les hace ver las cosas al través del prisma de sus preocupaciones? Podriais remover el polvo de las bibliotecas de todo el mundo, y no conseguiriais presentarles un argumento que se dignasen escuchar. Nó, responden con el mayor aplomo y arrogancia; la sociedad moderna, la ciencia moderna, la civilización moderna, (de las que se declaran ellos mismos, y se consideran como los únicos guías y oráculos), no admiten tradiciones, ni antecedentes, ni enseñanzas del pasado. La Iglesia es de antaño, es muy vieja, como lo es la verdad; pero hé aquí todo su crimen; crimen de ser un coloso de siglos. Pero es también de hoy; y hé aquí la desesperación de sus enemigos; será de mañana; y esta es la sentencia

de condenación para los adversarios, que han pronosticado su muerte.

Peromañana estos desgraciados habrán formado en su escuela otros escritores, más extraviados aun, por los prejuicios antireligiosos, que heredarán su odio delirante, y que continuarán anunciando en sus revistas, en sus diarios, en sus novelas, que se acabó la Iglesia, y que la humanidad libertada por fin, de sus antiguas supersticiones, continúa avanzando hacia esa perfección imaginaria, en la que no tendrá más dios que ella misma, más ley que su propia voluntad, más pensamiento que el placer, ni más ideal de ultratumba que la nada. Y sin embargo, este programa no tiene más novedad que su fraseología, porque es el de todas las épocas decadentes, y ya enunciado por Lucrecio y Epicuro en los días de la Roma decrepita y corrompida.

¡Qué deplorable ceguedad é indigna ingratitud! Los que esto afirman ¿sabeis quienes son? Son los que han recibido de Jesucristo y de la Iglesia la educación intelectual, todos los tesoros del espíritu y del corazón, y la civilización de que gozan; pero de todo esto se sirven con una improbiidad manifiesta, una falta de sinceridad

notoria, una ingratitud desleal y una maldad consciente para atacar á Jesús y á su Iglesia. Estos modernos escribas y fariseos se han conjurado para conducir la Iglesia de nuevo al pretorio del anticristianismo, y de la secta nefasta, para hacerla condenar á muerte por Pilatos legalmente, esto es, con leyes de opresión y tiranía, negándole toda libertad y hasta el derecho de existir, porque han descubierto, dicen, que la Iglesia atenta contra los derechos inalienables de la naturaleza, los derechos imprescriptibles de la razón y la independencia del Estado.

Más, apesar de este gongorismo altisonante, repetido hasta el fastidio; la Iglesia continúa su marcha con divina serenidad en medio de las persecuciones hacia la cumbre de su eterno triunfo; porque ella sabe, como lo saben los escribas y fariseos, que todo eso es mentira inventada para justificar, si fuera posible, la tiranía sectaria y jacobina.

Sí; perseguís á la Iglesia de Jesucristo, porque ella condena vuestro orgullo, vuestro egoísmo y falsas doctrinas; y por eso decís lo que ya os hacía decir el Profeta: *Opprimamus justum, quia contrarius est operibus nostris*: Oprimamos al justo, porque es

opuesto, porque reprueba, nuestras obras; destruyámosle, porque quiere impedirnos que gocemos de todo el sensualismo de nuestros sentidos y de todas las licencias de nuestra libertad; hé aquí la verdadera razón y móvil de vuestras persecuciones á la Iglesia. Todos esos principios de libertad, de progreso, de derechos inalienables, no son más que vanas formas para engañar á las masas ignorantes, procurando cubrir vuestros sofismas é inicuas leyes con el manto de la justicia, de la verdad y de la legalidad. Hé ahí todo el misterio de vuestras acusaciones y persecuciones á la Iglesia.

Pero no os engañéis, no es eterna la Pasión de la Iglesia; su triunfo está asegurado, como acabamos de demostrarlo; y quizás está más próximo de lo que creéis. Vendrán quizás mayores males y perturbaciones por causa de vuestra incredulidad; pero siempre se ha visto en la historia, que cuando el mal llega á su extremo, hace crisis y viene la reacción del buen sentido con el triunfo de la Iglesia, que no necesita ejércitos ni revoluciones para vencer; porque sólo la Iglesia lo afronta todo, á todo sobrevive, resucita y triunfa por todas partes, ayer, hoy, mañana, siempre, y

sin que sepáis cómo, y aún, cuando menos lo pensáis.

¿Y queréis saber de qué depende el constante atrevimiento de sus perseguidores? De no ver en la Iglesia más que el elemento humano; creen que es una creación meramente humana, y al contemplarla sin ningún auxilio político-social, se figuran que es cuestión de fuerza y habilidad acabar con la Iglesia. A su vez, es indefectible la confianza de los creyentes, porque saben que es una institución divina, cuya existencia además está asegurada por la promesa formal de Jesucristo, su Fundador, quien ha declarado que será perseguida por las pasiones humanas, pero jamás vencida. Y de cualquier modo que sea ¿no bastaría la experiencia de diecinueve siglos de luchas y victorias, para respetar esa institución, y considerarla *impercedera*, como lo hizo el historiador protestante Macaulay? Al menos, así no perderían el tiempo en perseguirla inútilmente con detrimento de la sociedad y de la civilización. También se ahorrarían la tacha de intolerantes y fariseos de la libertad.

Sin embargo, es justo confesar que, de una manera especialísima, en los pensadores políticos y en los grandes

publicistas contemporáneos, que son los que verdaderamente revelan el estado de la conciencia pública y forman la atmósfera de la opinión colectiva destinada á triunfar sobre los escritores adocenados y gentes vulgares, se nota un movimiento de aproximación hácia la Iglesia, una aspiración vaga, si se quiere, pero constante y sostenida á la restauración de los principios religiosos; y lo más notable es que esos publicistas son los mismos que ayer servían como de bandera de los principios revolucionarios.

Esos escritores ya no tienen para la Iglesia aquellas frases duras, ni aquellos epítetos denigrantes con que en otro tiempo demostraban su odio al catolicismo; y si bien es cierto que todavía no ven en la Iglesia su origen y carácter divino, sino que únicamente ven en ella una institución humana, su prestigio y grandeza, aun desde ese punto de vista meramente humano, no ha podido menos de arrancar á su pluma é inteligencia frases y declaraciones de admiración y simpatía; sin que entre nosotros dejen de ser numerosos los estadistas y publicistas de ese temple.

Bastará hacer la selección entre los que militan en las filas del anticlerica-

lismo y los que rinden culto respetuoso á la libertad en el campo del liberalismo; entre los retardatarios que sueñan por implantar entre nosotros el autoritarismo jacobino, con disfraz liberal, y los que creen que el liberalismo no consiste en el ódio y difamación de sus adversarios.

La religión y el papado no son ya para los publicistas á que nos referimos, dos instituciones dignas de desprecio; han cesado de motejarla con los nombres de obscurantista, enemiga de la civilización y del progreso, contraria á la libertad y amparadora de la superstición, y miran con ojos de indignación y de lástima á esos anticlericales retardatarios que todavía se obstinan en cubrir de ridículo á las instituciones y personas eclesiásticas, creyendo que es liberalismo infamar á la Iglesia y sus obras. A la calumnia grosera, á la sátira burlona, á la desdeñosa sonrisa volteriana y al epigrama sangriento, relegados á los pseudo-liberales y jacobinos, ha sucedido el respeto, la veneración, la alabanza, ó cuando menos, el silencio, silencio significativo y mas elocuente, en ocasiones, que el mismo elogio. Son los primeros crepúsculos, los albores primeros de esa reacción de

sensatez y libertad respetuosa, de confraternidad y religiosidad, antitética de los alardes de impiedad, como lo demuestra esa expectación ansiosa con que, desde hace algún tiempo, vuelven sus ojos hácia el Vaticano, hasta los mismos revolucionarios é incrédulos de otros días.

Así, pues, amados católicos, cuando algún Juliano, de esos apóstatas del jacobinismo, en presencia de las inicuas persecuciones actuales, os anuncie la muerte de la Iglesia, y sarcásticamente os pregunte ¿qué está haciendo el Galileo? respondedle: *una tumba para los jacobinos*. Mientras tanto, tened paciencia, y esperad, porque vuestra esperanza no será defraudada. Redoblad vuestros esfuerzos para rechazar la propaganda del jacobinismo; pero sin rencor hacia nadie, teniendo en cuenta las debilidades y obseciones de que suelen ser víctimas aún los espíritus más nobles y generosos. Orad por los que os persiguen; perdonad á vuestros gratuitos enemigos, y haced de vuestra parte cuanto podais en defensa de la santa causa de la Iglesia, sin la cual no hay verdadero progreso, civilización moral, ni libertad santa. Ya lo experimentará el mundo y se arrepentirá, por no haber

querido escuchar las enseñanzas y advertencias de la Iglesia, esa maestra consumada de los pueblos y naciones, que Dios ha colocado por encima de los tiempos y de las catástrofes sociales.

Pero, sobre todo, amados fieles, pedid á Jesucristo que en este santo tiempo nos infunda valor para seguir á la Iglesia en su pasión, y firme esperanza en su triunfo indefectible; triunfo que está mas cerca, cuanto mas injusta es la persecución.

Dada en Montevideo, desde nuestra residencia arzobispal el día 2 de Febrero del año del Señor 1904 y fiesta de la purificación de María.

† MARIANO,
Arzobispo de Montevideo.

Secretaría del Arzobispado.

Montevideo *ut supra*.

La presente Pastoral será leída como de costumbre en tres domingos seguidos y por partes.

Por mandato del Exmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Mariano Soler.

Eusebio Clavell,
Secretario.